

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

87

14

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

87

AÑO IX
SEGUNDA EPOCA

1949

REVISTA NACIONAL
ECONOMIA

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NUM. 4



SUMARIO



EDITORIAL

CLAUSURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE APOLO-
GETICA EN VICH

Pedro Rocamora: EVOCACION APASIONADA DE JAIME
BALMES

Raul Audibert: LA UNIVERSIDAD Y SUS PROFESORES
EN FRANCIA

Santiago Galindo: MISION SOCIAL DE LOS ESTUDIOS
UNIVERSITARIOS

LA OBRA DEL ESPIRITU

RAMON GOMEZ DE LA SERNA, OTRA VEZ EN POMBO,
por *Josefina de Ranero.*

EL ARTE DE EDUARDO CHICHARRO, por *Manuel Prados López*

ANTE LA MUERTE DE MAURICIO MAETERLINCK,
por *José Montero Alonso*

H E C H O S

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS DE VERANO

LA ACADEMIA ESPAÑOLA Y SU HISTORIA

LA ACCION CATOLICA Y LA FORMACION OBRERA
II CENTENARIO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE CADIZ

NOTAS DE LIBROS

Madrid (Autobiografía), por Federico Carlos Sáinz de Robles.—
M. Aguilar, editor.

María Estuardo, por Erick Linnklater.—Espasa-Calpe. Un tomo en
cuarto, 147 páginas. Rústica.

Memorias de un caballero, por Daniel Defoe.—Un tomo en cuarto,
300 páginas.

Doctrina penal del Tribunal Supremo, por Manuel Rodríguez Na-
varro.

La astronomía en el Antiguo Testamento, por Juan V. Schiaparelli.
Un tomo en cuarto, 167 páginas.—Espasa-Calpe.

Mi vida con Benito, por Rachele Mussolini.—Madrid, 1949.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

HABRIA que pedir, sin reserva alguna, se repitiera, dentro de lo posible, esta suerte de Exposición o Feria del Libro, que ahora, a ambas márgenes de la Castellana, abre, prometedora y cierta a la vez, sus anaqueles atiborrados de obras impresas. La petición sería por razones de peso. Porque está visto que cualquier producto, y singularmente los de la inteligencia, entre los que se cuenta directamente el libro, precisa de estas exposiciones o ferias, para, adelantándose al transeúnte, ofrecerle las galas de su naturaleza. Tenemos por seguro que el libro, que en las tiendas habituales se vende poco o nada, aquí, en cambio, halla en seguida fáciles compradores. ¿Por qué? Sin duda, porque en el linaje humano encuentra más lógico acomodo aquello que se muestra públicamente y no en privado; aquello que excita la atención callejera; aquello, en suma, que constituye

de por sí reclamo, dentro del propio reclamo de un escapate al aire libre, a la intemperie viva.

Todo el mundo sabe que el libro tiene su sede o lonja de contratación en las librerías propiamente dichas, y, sin embargo, a todo el mundo, menos al docto, le cuesta esfuerzo penetrar en el callado —y elocuente— santuario de la letra impresa, que eso y no otra cosa son las tales librerías. A nadie puede extrañar la conducta de ese mundo reprimido y desdeñoso. A una librería había de entrar con el concierto tácito de ofrecer sus dineros por un libro cualquiera el que busca, si busca alguno, o el que le atraiga por el señuelo de su rótulo, de su integumento o de su materia. Y nada peor que el previo enajenamiento de una voluntad en cualquier operación contractual. El público quiere ir, o quisiera ir, a las tiendas de libros libremente, con libertad natural, sin compromiso anticipado, sin coartamiento de su soberanía adquisitiva.

Toda feria del libro supone ya, por supuesto, una anulación de esos compromisos, formales o espontáneos. Va a la feria para gozar del libro sin trabas de interdicción, sin sometimientos espirituales de ninguna especie. Se acerca al libro como al azar, sin que el libro tenga que reprocharle nada al transeúnte. Porque si los libros, además de hablar por su prosa, hablaran por sus resentimientos, más de uno se dirigiría al recién llegado para amonestarle: "¡Gracias a Dios que te veo!" Y, la verdad, en el silencio pastoso de las librerías, donde parecen oírse hasta los tipos de sus páginas, como si se confabulara una Babel de sugerencias, esa voz, la

de los libros, dirigiéndose a sus negados y recién brotados compradores en potencia, los delataría. Como si, en efecto, señalando al desconocido huésped, gritaran los libros a los demás concurrentes: "Este que veis ahí jamás se permitió la gentileza de venir a visitarnos." Una librería es lugar de frecuentaciones y de devociones doctas. Se conoce en seguida al oficiante improvisado. En la Feria, no. En la Feria todo es bullicio, y acumulación, y gregarismo. Nadie conoce a nadie, ni por la pisada, ni por el rostro, ni por la actitud, y menos por la palabra. Todos los transeúntes allí detenidos son idénticos. Se confunden. Y no es lógico que la acusación imaginada del libro se convierta, para acusar, en voz múltiple y rotunda, no contra uno, sino contra todos, porque, en el mal de todos, la humana condición se desvanece y anula para el reproche.

La Feria, por otra parte, le sale como al encuentro al remiso, al escéptico, al indiferente. Es el libro que acomete, que batalla, que vence, al cabo. No parece estar, como inerte e inerme, por tanto, en el nicho de la tienda, sino bajo la luz solar, gritando su existencia, haciéndose como el encontradizo para que la buena voluntad callejera lo redima y eleve.

Gentes que en su vida han comprado un libro, se llegan a la Feria y adquieren un libro o varios libros. Primero, por dar señales de que anduvieron por la Feria, ya que el pueblo es muy dado, de siempre, a los festejos; segundo, porque en ese alegre tropiezo con el libro, el libro no les planteó de antemano ningún pacto oneroso. Hay gentes que hasta para dejar de ser libres quieren serlo. Tercero, porque al

echar la mirada sobre el tumulto de los libros, nadie le conminó. Se pueden ir cuando les plazca. Aludo, claro es, a los compradores en potencia, en estado de larva, si se quiere. Y como nadie les hipotecó con miradas o frases su albedrío, ellos, soberanos de su libertad con andadores, se sienten atraídos por el libro, como puesto allí al desgaire, sin ánimo de diferenciar atenciones volanderas.

Lo que no compraríamos en una tienda, fuere lo que fuere, en ocasiones los artículos más baladíes, lo adquirimos en una feria. Todos llevamos dentro de nosotros mismos algo de feriantes. De almas capaces de iluminarse ante cualquiera iluminación. No importa la rebaja convencional del artículo. No, no. Habría de tener un alza igualmente convencional, y también lo compraríamos. Es el marco lo que nos subyuga. El marco, y, ya se sabe, esa como manera indiferente de dejar la mercancía sobre un basamento cualquiera, tal que, si de pronto, nos saliera al camino una tienda, que, huyendo de la ordenación urbana, se instala en cualquier sitio, por su voluntad, asimismo de ser también independiente, y saca los trastos a la calle.

El Estado español, que tanto se preocupa —y ocupa— del libro, como exponente de una cultura, hace bien en organizar periódicamente la Exposición del Libro. Las artes del libro son, por de contado, de las mejores y genuinas de España. Confluyen el libro actividades diversas para formar la gracia sonora de un volumen. El impresor, el encuadernador, el decorador, el estampador... No hablemos del contexto. Por ese contexto se expresan las ciencias, las letras en sí,

las artes igualmente. Desde el literato al comediógrafo, desde el poeta al ensayista, desde el investigador al erudito, desde el humanista al biógrafo, desde el historiador al matemático. Ciencia pura, rigor especulativo, atractiva filosofía, ameno discurrir en todo caso... Un Estado que se precie de serlo tiene en el libro su mejor mensaje, su mejor altavoz, su mejor bandera. Sí. Su mejor bandera. Una bandera que, aunque las otras, las de su genio militar, puedan arriarse por golpes de la adversidad, la de su cultura —que es la de su espíritu— más y más se empina, y más y más se enorgullece, y más y más flamea a los vientos universales. Imperios enteros se sumieron ya para siempre en la nada, y todavía la obra de su espíritu, por medio de libros que se suceden en pasmosas proliferaciones, están en alto, para no abatirse jamás.

Sucédanse frecuentemente las Ferias del Libro. Mientras más ferias, mejor. Serán signo evidente de la supremacía de los pueblos. Y nuestro pueblo, en este orden de la cultura, está a la cabeza del orbe civilizado. Buenos y preclaros libros. De todo linaje de sabiduría humana. Como símbolo de la realidad ideal de España.

Pero, sobre todo, realícense Ferias del Libro para que el público se acostumbre a rozarse con ellos. De ese roce saldrá el hábito. Después de todo, no podrán molestarse los libreros. No hacen otra cosa que sacar la tienda a la calle, a sabiendas de que este pueblo, el nuestro, de siempre, propende a no bucear en interioridades de nadie...

CLAUSURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE APOLOGETICA EN VICH

DISCURSO PRONUNCIADO
POR S. E. EL JEFE DEL ESTADO

SEÑORES CONGRESISTAS :

Con la más profunda complacencia de mi espíritu me encuentro hoy entre vosotros, en el momento en que terminan las tareas de este Congreso Internacional de Apologética. He querido sumar a vuestro entusiasmo el estímulo de mi reconocimiento a la obra que realizáis. Conozco los grandes ideales que os impulsan a laborar con tan ejemplar denuedo en esta obra de renacimiento espiritual de España. Sé que, en el esfuerzo que os abruma, late el deseo de alcanzar el más alto nivel de cultura para nuestra Patria, y me complazco en proclamar la satisfacción que me produce el hecho de que, una vez más, en la vanguardia de la vida española aparezca Cataluña rindiendo su mejor tributo de lealtad a la historia del pensamiento nacional.

La capacidad de estudio e investigación de las figuras más destacadas de la intelectualidad catalana constituye en este Congreso el mejor símbolo ideológico de esta entrañable unidad de los hombres y las tierras de España.

EL CONGRESO, OBRA DE PAZ

Este Congreso Internacional de Apologética es, ante todo y sobre todo, una obra de paz. De paz en el interior, porque sin ella no cabría espacio para el cotidiano esfuerzo de los investigadores. De paz en el exterior, porque España, al plantearse los temas que constituyen la medula doctrinal de este Congreso, piensa que sólo un concepto católico de la vida, la arraigada firmeza del más puro estilo religioso en todas las conciencias, la realización, en fin, en la conducta humana, de los principios morales que constituyen la doctrina católica, son la mejor garantía de un espíritu de paz que un día se impondrá como principio supremo en las relaciones entre los hombres y los pueblos.

Al finalizar vuestras tareas, quiero que llegue mi saludo cordial a todos los que aquí se reúnen, y muy especialmente a los representantes de los pueblos hispanoamericanos y europeos que hoy son huéspedes de esta región, a la que con harta razón llamó nuestro Miguel de Cervantes «espejo de la cortesía». En estos momentos en que el mundo se mueve a merced de afanes materiales y el espíritu apenas tiene fuerza para remontar el vuelo a las alturas de su ideal, España da, en colaboración con insignes representantes del pensamiento universal, ejemplo de consagración a una empresa

tan generosa, tan noble y desinteresada como la que este Congreso significa.

Ese clima de honda fe y de verdadero sentido de lo cristiano que ha reinado en vuestras deliberaciones, es el que nosotros quisiéramos ver imperante en el mundo, para que, dentro de él, pudieran todos los pueblos laborar, como hoy lo hacemos aquí, en el terreno de la cultura, por el nuevo orden de un mundo mejor, menos incómodo y menos implacable que el actual, y en el que todo fuese propicio a los hombres de buena voluntad para las mejores tareas intelectuales.

LA VERDAD CATOLICA

Por fortuna, siempre que España se afana en buscar nuevos derroteros por los que florezcan los frutos de su inteligencia, acaba volviendo al verdadero, al auténtico, al único inmovible camino de la verdad católica. En Filosofía, en Derecho y en política internacional existe en nuestra Patria una tradición gloriosa, que ha dado al mundo la pauta por la que la luz de la Justicia, de la Razón y de la Verdad han brillado en horizontes distintos a los nuestros, pero, gracias a Dios, con un profundo e inagotable carácter español. Esto ha podido ser así porque nuestros pensadores no han sido filósofos a secas, o juristas de abstracción o políticos doctrinarios, sino porque en todos ellos latía un íntimo afecto religioso que impregnaba de permanencia sobrenatural los principios y los postulados que constituían el eje ideológico de todas sus obras. Así, Domingo de Soto, Suárez, el Padre Vitoria, Báñez o Luis de Molina son —antes que nada— unas esclarecidas mentes, de profunda formación religiosa, que

llevaron al ancho campo de la ciencia universal la grandeza de su hondo saber teológico. Este es también el secreto de la perdurabilidad del pensamiento de Jaime Balmes, de quien pudo decir, en este sentido, Menéndez y Pelayo «que sus escritos formaban un cuerpo de política española y católica, material de inagotable estudio, en el que todo está dicho o adivinado y donde el aliento profético obtiene la verdad para varias generaciones».

LA IDEA MORAL QUE LATE EN EL FONDO DEL MOVIMIENTO

Esta es, señores, la más noble característica del pensamiento español. Y ésta es también —¿por qué no decirlo?— la profunda y arraigada idea moral que late en el fondo de nuestro Movimiento. Porque lo cierto es que, si nuestra doctrina de hoy se apoyase en la inestabilidad de unas verdades efímeras o en la abierta falsedad de unas doctrinas torpes, su propio error agotaría el éxito de nuestros trabajos futuros. Pero España camina con la frente alta, puestos la mirada y el corazón en horizontes bien lejanos. No es nuestra tarea misión que se cumpla en un plazo breve de meses o de años. España proyecta, hacia un lejano futuro, el orden de su superación espiritual, de la que este Congreso es ya una realidad simbólica.

Pero no podríamos alcanzar aquellas metas codiciadas si no nos dedicásemos hoy a enraizar el trabajo de nuestra inteligencia, la tarea de los investigadores, el desvelo de los maestros de la alta ciencia, en el cimiento soterrado e inmovible de la verdad.

La verdad es, señores congresitas, lo que hace libres a los pueblos. Y todo pensamiento que en el campo de la Filosofía, del Derecho o de la política no tenga su entronque originario en los principios absolutos de una verdad teológica, cuya justificación indeclinable no esté en la idea de Dios, será siempre un pensamiento caduco y perecedero, y nunca podremos sentir el orgullo de que pueda ser legado a las generaciones venideras. Pero, por el contrario, si nuestros hombres de ciencia, nuestros filósofos y nuestros juristas informan los hallazgos de sus tesis científicas en el hondo sentido de la verdadera doctrina católica, yo os aseguro que, dentro de muchos años, la revolución espiritual de nuestro régimen se mantendrá con vigor incommovible, tanto o más firme que hoy, y ella servirá de fundamento inapreciable a aquellas nuevas generaciones que vayan en sucesivas oleadas arribando al gran escenario del mundo, sedientas de una misión trascendental que cumplir o de una doble tarea a la que entregarse con ese denuedo y con esa ejemplar generosidad que es el honor y la gala de la juventud.

*EL REGIMEN ESPAÑOL
Y LAS GENERACIONES FUTURAS*

Yo quiero aprovechar la oportunidad que me brinda este acto para decir que el régimen español no defraudará a las generaciones futuras cuando éstas lleguen al estudio de su propia responsabilidad histórica; sabrá siempre ofrecer a la juventud del mañana no una herencia cuyo valor se agote en los límites estrictos de la vida material, sino algo más importante todavía, algo que, si según el Evangelio, mueve las mon-

tañas, nosotros haremos que conmueva los corazones de aquellas juventudes esperanzadas que vengan hacia nosotros pidiéndonos una razón de fe para su entusiasmo. España, entonces, sabrá ofrecerles la gloria eterna de una profunda y arraigada fe.

Creo que, en último término, es éste el gran estímulo que ha movilizadado a los organizadores de este Congreso, que para mí enlaza espiritualmente con el otro Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Barcelona, y con el centenario balmesiano, que con tan felices augurios se inauguró hace un año junto a la tumba del insigne polígrafo vicense.

En todos ellos España quiso dar la tónica de un pensamiento lleno de armonía y de equilibrio, que contrastaba con el paisaje de ambiciones, recelos y egoísmos que se contemplaban dramáticamente extramuros de la Patria. Y en estas coyunturas intelectuales, España supo sumar su entusiasmo al quehacer de aquellos pueblos que le eran más afines. Y así compartió con Portugal, en coincidencias de inquietudes fraternas, la evocación emocionada del Padre Francisco Suárez y llevó a la Universidad de Mendoza, en la Argentina, el aliento de España y su presencia simbólica a las deliberaciones del Congreso Internacional de Filosofía que allí se ha celebrado. Muy pocas veces, como ésta, señores, España se ha sentido tan celosa de su responsabilidad y ha sabido, con tanta fortuna, estar presente en todos aquellos puntos estratégicos del pensamiento universal donde fuera conveniente hacer oír su voz, que era doblemente importante, por tratarse de una voz española y de una voz verdadera.

Pero permitidme, y no como digresión, sino como colofón inexcusable de un Congreso de Apologética, conmemorativo de la figura insigne de nuestro mejor pensador contem-

poráneo, el ofreceros la apología viva y eficaz de nuestro Movimiento, la ejecución feliz de sus doctrinas.

EL SENTIDO RELIGIOSO DEL ESTADO ESPAÑOL

El nuevo Estado español, producto nacional de la sangre y del heroísmo de nuestros mejores, fiel a la trayectoria que le señalan sus más preclaros hijos, ha querido dar realidad a sus enseñanzas salvadoras en un conjunto armónico y coordinado de leyes vivas y eficaces de incalculable valor apolo-gético en los tres órdenes básicos de la vida nacional: el religioso, el social y el político.

Con lealtad inexcusable a la filosofía de nuestra historia, hemos puesto el principio religioso como basamento de todo orden individual y nacional, y ello no con una mente de ata-vismo de inquisición, como a veces se nos lanzó al rostro; ni con un matiz de servilismo clerical, como en otras ocasio-nes desde fuera nos inculpaban. Para nosotros, la postura religiosa de los hombres y de los pueblos es la reacción natu-ral y lógica, y el esfuerzo de ambas cualidades, necesaria en todo espíritu libre y nacional ante la realidad metafísica de Dios creador y causa del universo, que luego la revelación nos eleva al plano de lo sobrenatural y al calor de Dios Pa-dre y Redentor. Para nosotros, lo religioso es cuestión de ver-dades y principios de razón y de fe y no producto de senti-mientos ni adulteraciones pietistas, sino aportación dogmá-tica y valoración moral. Para nosotros, lo religioso empieza con la profesión de fe, continúa con la práctica moral y ter-mina siempre en Dios y en el prójimo.

CONCEPCION ORTODOXA Y AUTENTICA

Fieles a esta concepción que, por ortodoxa y auténtica, lleva en sus raíces seculares sabor de Concilios toledanos y concluyentes convicciones de teólogos tridentinos; aromatisada, además, por esa efusión mística de nuestros santos, que supieron vivir plenamente tal concepto teológico, hemos procurado robustecer con nuestras leyes la preparación y formación cultural de nuestro pueblo en todas las formas y grados de la enseñanza de la nación.

Cualquier observador imparcial puede dar testimonio de cómo junto a todas las especializaciones del conocimiento humano, desde la alta investigación científica, a cuya cabeza hemos colocado instituciones dedicadas a las sagradas ciencias, como en las Universidades, escuelas especiales, institutos, colegios, centros escolares de toda índole, y, ni que decir tiene, en las escuelas elementales y primarias del más modesto pueblo o aldea, el valor cultural de lo religioso tiene hoy en España un lugar y una actuación educadora.

Pero sabemos que la verdad religiosa, que es tan verdad como vida, mira al entendimiento como al corazón, y que su fuerza salvadora depende de que se haga precisamente vida. La nación que peleó con sus tercios en Flandes, en Alemania y en Francia contra la teoría de la fe sin obras, de la verdad sin vida; que recalcó esta lucha en Trento con sus teólogos y en el frente interior con sus normas de vigilancia, defensa de la ortodoxia, y que, para ganarlo para la fe, alumbró a la civilización un nuevo mundo, no iba a olvidar en sus leyes, junto al impulso de la formación cultural, la custodia de la moral católica. Aquel grito de nuestros gloriosos Caídos, que morían por Dios y por España, es la garantía

más demostrativa de que nuestro catolicismo es auténtico y fiel a su línea teológica. Los que saben que lo religioso entraña una verdad para creer y una norma para vivir y morir en ella, que es el modo colmado y pleno de sentir y vivir la fe. De ahí nuestras leyes de protección y defensa de la moral en sus libros, espectáculos y costumbres. Punto éste de moralización de la vida pública en que nos cabe el legítimo orgullo de poder afirmar que nunca, en los tiempos contemporáneos, ha sido más protegida y vigilada la moralidad que en nuestros días.

Mas como lo religioso no puede quedar reducido al fuero individual, sino que ha de prorrumper en manifestaciones colectivas y ordenadas, es decir, que esa verdad vivida tiene que hacerse culto y honor de Dios y bien de los hombres, el nuevo Estado no ha olvidado servir a la liturgia, lo mismo en lo puramente cultural que en lo artístico y decorativo.

DECENIO DE REALIDADES ESPAÑOLAS

La ola de vandalismo ateo que segó templos y altares encontró en este decenio de realidades españolas el ininterrumpido afán restaurador de un Gobierno que, con celo ejemplar, ha reconstruído templos e iglesias, monumentos, relicarios de fe y de historia, en intensidad y número como no se recuerda en ninguna de nuestras pasadas épocas.

Y con este propósito reconstructivo del patrimonio artístico de la nación, ha corrido parejas este otro nobilísimo designio de exaltar las figuras y los hechos de nuestro patrimonio nacional, no dejando pasar oportunidad alguna de evocación conmemorativa, como ésta del eximio filósofo Balmes,

que ahora festejamos, para procurar la mejor educación de nuestro pueblo.

Hemos entendido, en suma, que lo religioso es básico y fundamental en la vida de los individuos y de las naciones, en el triple orden de verdad, vida y culto, de fe, moral y liturgia, y hemos procedido así en nuestras leyes y en nuestra actuación política, hasta el punto de que nadie podrá negar las consecuencias en la conducta y la fidelidad a la historia.

EL SENTIDO SOCIAL

Pero, hombres de nuestros días, no podíamos encerrarnos en una visión estrecha de lo religioso o practicar una religión de minorías, afortunadas y libres de preocupaciones realistas. Por ser religiosos, nos sentimos profundamente sociales. Y haríamos un triste servicio a la religión si nos despreocupáramos del interés prevalente que los problemas sociales imponen al hombre moderno. Ya hemos confesado repetidamente, sin paliativos ni rodeos, que hoy nada agita y arrastra tanto como lo social. Por eso queremos recalcar desde aquí las determinantes de esa labor social del nuevo Estado. Nos lo imponen por igual un imperativo de orden teórico-religioso y una exigencia práctica de la justicia.

No sólo no es la religión un impedimento de elevación y restauración social, sino que se nos presenta como el imperativo categórico que nos la demanda. Notad que profesamos una religión en la que es tan básico el amor a Dios —la Teología— como el amor al prójimo, que es sociología y la mejor forma de sociología, por estar fundamentada sobre el amor. Más aún. En nuestra postura religiosa no comprobamos la

autenticidad de la sociología por la Teología, sino al revés; el valor de la Teología —amor de Dios— por lo que tengamos de amor al prójimo. Y ya sabemos que ese amor no es una abstracción imprecisa, sino una norma tan cercana y concreta como la existencia y necesidad de cada uno: «Para el prójimo como para ti.» Ni buscamos una fórmula de amor supletorio y sustitutivo de la justicia. Elevamos la justicia, que es dar a cada uno lo suyo, a la categoría del amor, que es darlo, además, por Dios. Y así, en nuestra sociología cristiana, a la razón natural de los derechos de cada uno unimos la fuerza sobrenatural del amor divino.

Pero, además, en nuestra doctrina social valoramos todo el hombre, al que no reducimos, con una mentalidad marxista, a una pura ecuación económica; mas sin caer en el extremo contrario, que, al correr de los siglos en la sociedad moderna, la malicia viene explotando, que, por elevar al hombre y considerarlo como portador de valores eternos, se le devalora económicamente y se le niega la participación que como capital humano debiera alcanzar en los beneficios de la empresa. Por ello, el Movimiento nacional español reivindica para el trabajador, al lado de los valores morales, como criatura hecha a imagen y semejanza del Criador, el máximo valor económico en el concierto de intereses de la moderna empresa mercantil. Para nosotros, la sociología es algo más que una mera elevación de los salarios. Es la educación y preparación del hombre, su ambiente, su vivienda, su comida, su presente, su porvenir, su familia, sus hijos. De esa amplia concepción de lo socialcristiano han nacido nuestras leyes sociales, seguras en lo doctrinal, como inspiradas en las encíclicas pontificias, y eficaces en la práctica, como viene demostrando diez años de gobierno. Mas, ¿para qué enumerar

lo que es de dominio público? Ahí están el Fuero del Trabajo, las leyes sociales, las realidades del Seguro en sus diversas aplicaciones, las Escuelas de aprendices y de capacitación social, el Instituto de la Vivienda, los préstamos, las disposiciones de protección a la familia, el salario familiar, la participación en los beneficios, el Instituto de Colonización y tantas otras manifestaciones demostrativas de que el nuevo Estado español ha comprendido y secundado aquel deseo expresado por Pío XII: «Que todos los católicos sientan verdadera hambre y sed de justicia social», y que estemos dispuestos a llevar a la práctica su anhelo de un mundo más justo, más limpio y más cristiano.

COMBATIR LA JUSTICIA APARENTE CON LA JUSTICIA REAL

No ignoramos las deficiencias que en este orden encuentran las promesas y leyes del Estado, tomadas incluso a ironía por los eternos descontentos, que medran con las injusticias del prójimo para poner de relieve la mayor o menor monta del fruto logrado. Combatamos la justicia aparente con la justicia real. Pero no desacreditemos la verdadera justicia con las injusticias existentes, que no dependen de ella. Si una etapa de anormalidad económica pudo desvirtuar en parte muchas de las ventajas alcanzadas, no desfigura, sin embargo, la eficacia de sus principios; hay que pensar lo que hubiera sido de las clases menos dotadas de la nación si en momentos de grandes dificultades, de escasez y de crisis no hubieran existido aquellas leyes y un Estado previsor no velase, en cuanto es humanamente hacedero, por la defensa del

bien común frente a la codicia de los eternos insaciables. En la lucha de los intereses materiales juega su carta la malicia, y los principios morales de una recta conciencia sucumben a los apetitos del lucro y la codicia.

Ya hace más de un siglo nos decía Balmes: «Que el desarrollo de la industria y el adelanto de la ciencia económica han coincidido con esta época de enflaquecimiento de las ideas religiosas y morales y han tenido que marchar al lado del materialismo o del escepticismo. Desde el momento que el hombre es considerado como un simple producto de la Naturaleza, sin diferencia de los demás, sino por una organización más perfecta y delicada, no es de extrañar que, en tratando de él con respecto al trabajo, se le mire como una máquina que conviene manejar del modo más útil, sin que sea preciso atender a su conservación sino por el beneficio que de ella se espera o por el daño que de su pérdida se teme. Muy al contrario, cuando se considera al hombre como dotado de un espíritu inmortal y creado para destinos más altos de los que caben sobre la tierra; cuando el cuerpo y todo lo que a él pertenece es considerado con sujeción a los intereses del alma, entonces no se piensa jamás en los adelantos materiales, sin que ocurra al propio tiempo los intelectuales y morales reclamando participación y preferencia y oponiéndose, si es necesario, al mismo progreso material en lo que tengan de inmoral o de envilecedor del espíritu.»

Y, mirando a lo que el filósofo llama «el hombre de entrañas duras», que existe en todos los tiempos, nos recuerda «que su señor y su juez está en los cielos, que hay un Dios vengador que escucha hasta los deseos de los pobres, que el clamor del desnudo, del hambriento, del enfermo que padece y expira en el desamparo y en la miseria, sube hasta las



gradas del trono del Altísimo, y que el Altísimo presta atento y bondadoso oído a los lamentos del infortunio, que se reserca castigar en la otra vida a los corazones despiadados, si es que ya en ésta no hace sentir los efectos de su terrible cólera permitiendo espantosas catástrofes».

Pero, al lado de los principios filosóficos y morales, han de existir una ley escrita y la vigilancia del Estado y de las corporaciones públicas, ya que si las leyes no bastan, si un estado de conciencia colectiva no ayuda a hacerlas cumplir, de poco serviría el crear un estado colectivo de conciencia si las leyes de la nación no lo recogen y el Estado no corrige las transgresiones. El estado social ideal para nosotros ha de levantarse por las leyes de la nación fundamentadas en los principios de la verdadera filosofía sobre un estado de conciencia colectiva. La filosofía católica nutre al moderno derecho social que España está alumbrando.

EL SENTIDO POLITICO

Esta postura, íntegramente católica y constructiva, que el Estado español ha procurado llevar al orden religioso y social, no podía menos de infundirse en el área de lo político. Para nosotros, la política recobra aquel nuevo y duro sentido clásico y filosófico que tuvo desde los tiempos helénicos. Estilo constructivo y nacional, sin otra aspiración que «hacer de los hombres buenos ciudadanos, procurando su humana perfección, en una vida ordenada al bien común, protegida por las leyes y amparada por la justicia». Ni más ni menos que la doctrina del Estado cristiano, que sirve con firmeza el principio inmutable del bien común nacional.

En nuestro caso, aún habría de añadirse que no concebimos a los individuos para el Estado, en una teoría anticristiana que tantas ruinas ha dejado tras sí, en el transcurso de la Historia, sino el Estado para los individuos, a fin de darles aquellas facilidades y oportunidades que, aisladamente, nunca tendrían; pero todo dentro de una ambientación histórica nacional, que concreta las directrices de esa orientación del Estado y asegura, a través de las instituciones naturales, la participación del pueblo en las tareas de la gobernación pública.

En esto coincidimos con lo que el gran pensador vicense intuía hace ya cien años en sus escritos políticos, al descubrir el fondo social de toda política externa al decirnos: «En todos los grandes hechos políticos, aunque presenten decidida tendencia y ciertas formas políticas, aunque parezcan animados de un principio exclusivamente político, no es, sin embargo, así: la cuestión en la superficie es política; pero, en el fondo, es social»; o cuando definía la formación del sentir de las masas con las siguientes frases: «No puede negarse que, con respecto a las instituciones civiles, son las fórmulas políticas un verdadero fundamento, pero éstas, a su vez, han de asentarse sobre otro sentir, formado de aquellas masas, digámoslo así, en cuya composición entran las ideas y costumbres del país, y aquellas instituciones que por antonomasia se apellidan sociales.» O cuando, como nosotros, reconoce, que «lo que mueve al hombre, lo que le estimula para obrar, lo que le comunica actividad y energía para consumir grandes hechos políticos, es aquello que le afecta de cerca, que está en continuas relaciones, en contacto con su existencia».

Por todo esto, igualmente que en lo económico, intenta-

mos redimir al hombre de su explotación por el hombre; lo mismo nos ocurre en lo político, en que, al encauzar la colaboración pública a las tareas del Estado a través de las organizaciones naturales de la familia, del Municipio y del Sindicato, en que el hombre vive, mantiene sus relaciones y desarrolla sus actividades, le liberamos de la esclavitud y explotación que los partidos políticos representan.

Un decenio de vida política de este matiz y sentido, sin que hayan surgido graves conflictos de peso y fondo en ningún orden de los muchos y delicados con que limita lo político, lo mismo dentro que fuera de España, es la mejor garantía de que nuestra concepción política nacional, ya asentada sobre leyes constitucionales defensoras de los derechos de la persona humana y aseguradoras de la continuidad del régimen, no encierra ninguna de esas semillas de trastornos y belicismos, a las que el mundo moderno nos tiene acostumbrados. Y es que, esencialmente, nuestro sistema político está fundado, como toda concepción cristiana, sobre afirmaciones y actitudes positivas, sobre principios de construcción y orden.

GRANDEZA DEL CATOLICISMO ESPAÑOL

Pero, volviendo de nuevo al tema, para el que tan propicio se muestra el ambiente de este Congreso y el de esta evocadora ciudad patriarcal, proclamemos con ímpetu, como coronación y término de vuestras deliberaciones y estudios, la auténtica grandeza de España, que ha sido posible porque nuestro catolicismo no fué únicamente de celda y de templo, limitado a la oración, al diálogo íntimo con la Divinidad. Florecen, a lo largo de nuestra Historia, la mística, la

apologética, los estudios sagrados; pero al mismo tiempo, paralelamente, toda la vida española se impregna del mismo noble sentido, de la misma espiritualidad ardiente.

No rima con el alma de nuestro pueblo la pura adscripción formal, ritual a una fe. España siente profundamente, y toda ella está llena de emoción católica que salta más allá del templo y de la celda para envolver, caudalosa, la vida entera del pueblo. Este sentimiento hondo, inarrancable, sustancial al propio hecho de ser español, se une con raíces eternas a nuestra espiritualidad para convertirse en su fundamento y su orgullo. Separad lo católico de lo español, y lo español quedará herido de muerte en su más verdadera sustancia.

Por eso, la vida nacional está determinada por un constante sentido religioso, que domina tanto el pulso de nuestras horas interiores como la proyección de nuestro propio espíritu más allá de las fronteras. Cuando ese sentido se afirma e intensifica, la existencia española se enriquece de realidades fecundas; cuando, por el contrario, se debilita, esa misma existencia conoce momentos difíciles, de los que sólo se salva cuando vuelve hacia las olvidadas tradiciones. Sangra aún—repetimos—, cercano, el ejemplo de esa realidad histórica para que sea necesario insistir sobre ello.

Fuera de España, nuestra línea espiritual responde siempre a esos mismos principios sentidos hondamente. Hemos combatido, de uno u otro modo, con las armas o la dialéctica, por un concepto cristiano de la existencia, por la proclamación de la verdad de Cristo. Lepanto, América, Trento, son tres grandes nombres que testifican, entre otros muchos, la lealtad española a las razones de Dios. Tal ha sido nuestro entendimiento de la vida, y a él nos hemos ajustado

y nos ajustaremos siempre. Dios es la justicia, la serenidad y el amor, y éstos son los principios que rigen nuestra conducta y nuestros propósitos. Si estamos hoy entregados afanosamente a una obra de justicia social, es porque queremos cumplir así los preceptos de la ley eterna. Sabemos que la unidad española va ligada estrechamente a la unidad católica. Y las palabras de Jaime Balmes están hoy, como ayer, vigentes en la conciencia nacional.

LAS FUENTES ETERNAS DEL ESPIRITU CRISTIANO

Se mueve el mundo en una órbita de intereses materiales; pero no hallará su paz y su destino auténticos hasta que no vuelva los ojos con una pureza y una sinceridad absolutas a las fuentes eternas del espíritu cristiano. No traerán aquella paz los rencores nacionalistas, las intenciones veladas ni el juego de apetitos y deslealtades. Todo ello está fuera del sentimiento de justicia y de amor que reside en las palabras del Evangelio.

España se encontró a sí misma por el camino de las verdades de Dios, de las verdades que eran sustancia de su espíritu y de su vida. El mundo, también, si quiere encontrarse a sí mismo y hallar de nuevo la luz perdida, habrá de volver hacia aquellas razones imperecederas, sin las que la vida se convierte en un amargo y duro combate de codicias y materialismos.

En esta hora del mundo, al término de este Congreso, el pensamiento de España renueva su fe en los valores de la dignidad humana, que el hombre, al creerse hijo de la an-

gustia y de la desesperanza, ha olvidado, como si de verdad ignorase ese aliento de divinidad y de nobleza que, por ser imagen suya, había impreso en su alma el Creador. Contra el espíritu de desesperación en que se mueve el pesimismo filosófico de la hora contemporánea, España eleva hoy su mirada a los cielos, implorando, esperanzadamente, un horizonte nuevo de claridad para las inteligencias y de fe para los corazones. Y como resumen de las tareas de este certamen, proclama su fe, segura y firme, de que este reencuentro de la Humanidad con su destino de salvación sólo puede lograrse en esos remansos del espíritu donde florece, entre la aspereza del camino, la flor del pensamiento cristiano y el hombre orea las sequedades de su corazón bajo la sombra tutelar y confortadora del Dios verdadero.



EVOCACION APASIONADA DE JAIME BALMES

Por PEDRO ROCAMORA

HACE treinta y ocho años la ciudad de Vich se vió empavesada con un júbilo multicolor y alegre de gallardetes y banderas. Cataluña entera vivió unas horas de luminosidad festival, mientras por sus ciudades pasaba la figura, amable y casi goyesca, de una encantadora y anciana Infanta de España. Conmemorábase el primer centenario del nacimiento del hijo ilustre de aquella ciudad: el polígrafo Jaime Balmes. Hubo entonces en Vich un ambiente amable de románticas evocaciones, de discursos academicistas, de fiestas y solemnidades, como si lo más florido de la sociedad catalana se hubiese querido congregarse, con aire de viejo sárrao, en la intimidad grata y solemne de un salón familiar, con oro antiguo en los marcos de los espejos y brillo de luz en el cristal rutilante de las arañas.

En el año 1910, Cataluña conmemora el Centenario del nacimiento de Balmes en un clima de intranquilidad social y

política. Aún está abierta la herida del año nueve, en que Barcelona escribe con letras de sangre la historia de su semana trágica. Una lamentable demagogia verbal aturdió la conciencia del pueblo como en un confusionismo de babélica maldición. La vida política del Estado, entre los vaivenes de los partidos, se agotaba en la esterilidad, sin empresas de carácter nacional que asumir ni aspiraciones trascendentes en que inscribir el entusiasmo, vivo y despierto, de las muchedumbres. Había en aquella época, al lado del dolor de un pueblo, sometido a las inquietudes de la violencia, un espectáculo de infeliz caricatura en el que los subterfugios, las dobleces, las hipocresías del más viejo estilo político se encubrían bajo los reverenciales besamanos de las recepciones, mientras en los pechos, donde la vanidad humana se pavoneaba tras el brillo de las grandes cruces, latía el espíritu de la traición.

Paisaje histórico de España

Si era lamentable el paisaje histórico de la España que conmemoró el Centenario de 1910, no menos digna de meditación era la perspectiva sobre la que se alzó la figura de Jaime Balmes. En la época en que la obra de Balmes logra su más cumplida madurez, el mundo sufre una decisiva crisis ideológica. Son los años en que la Revolución derroca la Monarquía francesa de Carlos X, y España se estremece hasta su más íntima raíz por las repercusiones anárquicas que le llegaban del otro lado de la frontera. La obra de Balmes tiene dentro de España, en función precisamente de esos acontecimientos internacionales, un significado simbólico: el de afirmar con ejemplar rigor un pensamiento de carácter nacional frente a la moda o a la novedad extranjerizante.

Los centenarios que el año 1948 celebró España corroboran, históricamente, este aserto. La figura del Padre Suárez cumple, en los dominios del pensamiento europeo del siglo XVI, misión, aunque de superior rango, en cierto modo análoga a la que Balmes realizara en la primera mitad del siglo XIX.

Más allá de nuestras fronteras, el fracaso político y espiritual del Renacimiento sumió en la más confusa desorientación a lo que hasta entonces era símbolo de la cultura de Occidente. El Concilio de Trento fué, sin duda, el vértice espiritual que debía marcar el punto de partida de la restauración moral de Europa. Y desde entonces, merced a la obra de Suárez, la filosofía, de presa y encadenada, volvió a ser libre; de dispersa, pasó a recobrar su auténtica unidad, y de enfermiza o decadente, recuperó aquel vigor y lozanía que había de hacerla inmovible frente a los avatares del tiempo (1). Pues si de la crisis del Renacimiento Francisco Suárez hizo que España saliese restituyendo en su ámbito jerárquico una doctrina metafísica que el confusionismo renacentista había intentado derribar, en la primera mitad del siglo XIX, Balmes representa la restauración ideológica —en los dominios de la filosofía y la política— de un pensamiento tradicional español por el que nuestra Patria podrá ofrecer al mundo los perfiles de una doctrina que, a partir de entonces, alcanzara rango de inmovible eternidad.

Balmes, Español

En este sentido, nuestro filósofo tiene una proyección de acento español característico. El comprendió, «mejor que na-

(1) JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN: Revista *Pensamiento*. Número extraordinario dedicado a Suárez, pág. 3, vol. IV, año 1948.

die —como dice Menéndez Pelayo—, el pensamiento de la nación. Lo tomó por tema, y toda su obra está encaminada a formularlo en Religión, en Filosofía, en Ciencias Sociales, en Política. Durante su vida, por desgracia tan breve —añade don Marcelino—, pero tan rica y tan armónica, fué, sin hipérbole, el Doctor y el Maestro de sus conciudadanos». En el orden más vario del pensamiento humano, Balmes representa la voz del equilibrio y la armonía. En un siglo de dramática confusión para las inteligencias y los corazones, él devuelve al pensamiento hispánico el canon de su viejo clasicismo. La más importante virtud de este filósofo, es su valiente postura clásica, frente al fácil y ligero romanticismo de la época. Toda su obra está presidida por un solemne rigor antiguo que presta una ilustre nobleza a la alta aristocracia de su pensamiento.

Su espíritu universalista recorre el vasto horizonte de la vida española. Y como un alma privilegiada del Señor, que lleva la luz de su prodigiosa razón hasta los más oscuros confines de la inteligencia, su mente enardecida pone claridades de inspiración sobrenatural en los dominios tenebrosos del fervor o de la ignorancia.

Es cierto que Balmes fué, en algún modo, la voz que clama en el desierto. Pero siempre esas voces hallan eco en la conciencia adormecida de los pueblos. Y, poco a poco, España entera volvió sus ojos y el fervor de su corazón a la figura de este joven sacerdote admirable.

En el orden filosófico

En el orden filosófico, Balmes tiene la inmensa originalidad de salvar el escolasticismo de su terrible desfallecimien-

to. Era la época de la Enciclopedia y de la Ilustración. Europa entera seguía ciegamente esta moda, derivada del afrancesamiento continental napoleónico. Sólo España tuvo, a través de la doctrina balmesiana, una postura de personalidad insobornable en la era dolorosa de nuestra desespañolización.

Lo característico en el escolasticismo fundamental de Balmes radica en la audacia intelectual y la independencia con que fué mantenido. Merced a esta soberana autonomía ideológica, los tiempos en que las corrientes de la nueva Filosofía habían puesto en trance de revisión las tesis tradicionales de la escuela escolástica, Balmes no solamente se atreve a restaurar lo fundamental de esa doctrina, sino que, además, enciende frente al mundo las luces iniciales de lo que luego había de ser la filosofía cristiana de nuestra época. Los falsos sistemas del modernismo habían desviado el pensamiento humano de las rutas eternas de la verdadera Filosofía. Balmes buscó ese eslabón final que enlaza la cadena del pensamiento filosófico —como diría García Morente— con la razón última de un Dios Infinito y Creador. En último término, eso era, en sustancia, la Escolástica, cuyos problemas, como antes los de la Patrística, eran, ante todo, problemas teológicos de los que nacían o se suscitaban cuestiones nuevas, ya de esencia y rango filosófico. Por eso, la filosofía medieval es radicalmente distinta de la griega, porque la actitud vital del hombre cristiano, con su concepto teológico de la creación, inaugura una nueva etapa para el pensamiento universal, en oposición al espíritu del mundo antiguo (1). Así, ha podido decir el autor de *Los Heterodoxos* que el único libro filosófico es-

pañol que presenta un esfuerzo propio e independiente para llegar a la verdad metafísica; el único que puede compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otro tiempo, con las que entonces se escribían en otras partes de Europa, es la *Filosofía Fundamental*, del pensador de Vich.

En estos momentos en que las doctrinas de Kierkegaard o de Heidegger conmueven el pensamiento europeo, permítanos afirmar que uno de los méritos más excepcionales de nuestro filósofo fué el de servir de atadura a dos ciclos distantes en el campo del pensamiento. Nadie como Balmes ha sabido ligar los postulados de la vieja filosofía con los rumbos más modernos —que él sólo pudo entrever, intuitivamente y sin profanar su espíritu católico— del pensamiento contemporáneo. «Si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre (1) —decía Balmes en su *Teoría de la certeza*— renuncio a la Filosofía y me quedo con la Humanidad.» ¿No es éste, acaso, un punto de asombrosa coincidencia con la tesis moderna, para la que el orden especulativo nada vale si no se sustenta sobre el principio de realidad vital que circunda la existencia viva del hombre?

Porque Balmes ha fundado su pensamiento sobre la certidumbre de la realidad humana, ha sido llamado el «filósofo del sentido común». Pero, por encima de todo, él supo anticiparse a aquella voz de navegante con que Ortega y Gasset titulara un viejo trabajo literario, gritando antes y con más razón que nadie: «Dios a la vista.» Como quien anuncia la proximidad de la tierra después del riesgo salobre de la galerna, Balmes puso la proa de todos sus barcos hacia un

(1) *Filosofía Fundamental*. Libro I, final.

codiciado continente en cuyo horizonte se dibujaba el alto promontorio de la divinidad (1).

Quizá por eso, cuando se descubrió a sí mismo, en el umbral irremediable de la muerte, pudo repetir aquellas palabras poéticas con las que Fray Luis de León había traducido uno de los más bellos salmos de la Iglesia:

*Alaba, ¡oh alma!, a Dios; Señor, tu alteza,
¿qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente (2).*

Balmes, político

La superación de la lucha de partidos es el augurio de un tiempo nuevo, que Balmes vislumbraba y que España realiza con admirable tenacidad frente a la intención torcida de los que tienen el alma desleal.

La ambición de Balmes, en este caso, se cifraba en «procurar que llegue cuanto antes el suspirado día de una reconciliación sincera de todos los españoles, acomodando a las necesidades de la época nuestras Instituciones antiguas; reparar, en cuanto sea posible, los males causados a la Iglesia; acelerar el restablecimiento de las relaciones con la Santa Sede para que caiga ese muro de separación entre potestades que deben vivir en íntima concordia; salir del camino en que no se encontraran sino insurrecciones y nuevas catástrofes; trabajar de una manera positiva y eficaz en fundar y consolidar un Gobierno superior a todos los par-

(1) Véase GARCÍA MORENTE: *Lecciones Preliminares de Filosofía*. Edic. Losada. B. A. Págs. 402 y 403.

(2) Cit. en *Obras completas*. Edic. B A C. Tomo I. Pág. 548.

»tidos que tienda su vista sobre todos los pueblos, que le-
»vante su pecho para respirar el puro ambiente nacional y
»no ahogarse en la estrecha región de mezquinas pasiones e
»intereses particulares. He aquí —decía Balmes— nuestros
»pensamientos y nuestros deseos» (1).

¿No causa insólita emoción el conjunto armónico de este programa nacional? Donoso, Vázquez de Mella y Balmes trazan los jalones milenarios de una política nacional, concebida con eterno acento español. Sus voces se alzaban a los cuatro vientos del mundo, alentadas por el impulso de la verdad. Y España, durante décadas inacabables de somnolencia, parecía no querer escuchar estos gritos de alerta, proclamados angustiadamente, como los del timonel que descubre su nave al borde del naufragio.

En este sentido es singularmente ejemplar la posición de Balmes respecto de la democracia. El amaba y comprendía las necesidades del pueblo y, en la persecución del bien común, aspiraba a alcanzar un máximo de inteligencia, moralidad y felicidad para el mayor número de ciudadanos. No era un demócrata puro, en ese sentido, formal y rigorista, en el que, bajo el nombre de democracia, se encubren tantos mitos y se realizan tantos crímenes contra la libertad. Hasta en esto el pensamiento del filósofo muestra asombrosos atisbos geniales. Balmes, monárquico, nunca tuvo fe definitiva en las Instituciones representativas creadas por la democracia. Defendió el Gobierno del pueblo, pero por los mejores. Y sólo aceptó la intervención del pueblo mismo cuando ésta se tradujera en beneficio auténtico para la nación.

(1) *Obras Completas*. Tomo XXVII, pág. 446.

No es indiferente en este momento recordar las dos formas de democracia que Balmes analiza (1). De una parte, la que se apoya en el conocimiento de la dignidad del hombre y del derecho que le asiste de disfrutar de libertad con arreglo a los principios de la razón y la justicia. Al lado de esta forma de democracia, noble y generosa, hay otra errónea en su fundamento, perversa en sus intenciones, violenta e injusta en sus actos, cuyo dogma fundamental es la negación de toda autoridad y cuyo resultado es la anarquía. Las dos democracias, la cristiana y la revolucionaria —decía Vázquez de Mella, glosando esta idea de Balmes—, lucharon siempre en la Historia y luchan más ahora y con sus propios nombres en el seno desgarrado de la sociedad presente. Y todas estas luchas no son más que el prólogo de la suprema batalla que reñirán después, en el triste ocaso, que ya parece que ha comenzado a teñir el horizonte del mundo de sangrientos colores (2).

Quizá el fruto más fecundo de esta hora fuera el de avivar en el alma de todos los españoles el recuerdo de estas doctrinas, que, escritas hace un siglo, cobran ahora una vigencia sorprendente y a las que la experiencia dramática del mundo actual asigna verdadero rango de profecía. ¡Democracia sin razón y democracia sin justicia! Qué serie infinita de atentados contra la dignidad humana se realizarán ahora bajo la máscara cruel de una falaz democracia en el extremo oriental de una Europa dolorida y ensangrentada. Con qué razón puede llamarse a Balmes el más alto intérprete de

(1) Véase en este sentido: ERNESTO LAORDEN: *Balmes, político*. Edic. Labor, páginas 136 y sgts.

(2) VÁZQUEZ MELLA: *Obras completas*. Tomo XIX, pág. 109.

la conciencia política española. Su genio multiforme, su capacidad magistral y pedagógica, su anticipación al resurgimiento de la filosofía tradicional, configuran la recia contextura de este apologista acrisolado del catolicismo, que supo sentar las bases —precursora y proféticamente— de una sociología cristiana y de una política práctica de esencia española como jamás en nuestra raza se había producido.

Jaime Balmes era la voz de alerta de un mundo en dramática desorientación ideológica. Quiso ser el clarín que, en la hora mañanera, convoca para las grandes empresas esperanzadoras y triunfales. El estaba ante un espectáculo en ruina, pero tenía decidida y tenaz confianza en la fuerza creadora y en el genio de su Patria.

Su noble pensamiento abrió, sobre un paisaje de tinieblas, un difícil camino de luz.

La vanidad de la razón humana ha repetido a través de los siglos la escena del Angel paradisiaco, que se revela contra su Dios. Balmes es la inteligencia que busca en Dios la justificación trascendente del mundo y de la vida. Su obra es como una ardiente espada flamígera que, traspasando un horizonte de sombra infinita, se clavara, como una diana certera, en el corazón de la Eterna Verdad. Quizá ese mismo hallazgo fué la herida que traspasó su carne y que hizo efímera la historia de su vida en este amargo e incomprensible escenario de la tierra.

Pero un siglo ha bastado para que los españoles le digamos a Balmes que no ha sido infecunda su obra. Que por encima de los avatares del tiempo nos llega la resonancia de sus palabras, sobrias y precisas; el latido clásico de su pensamiento, que él —como nadie— supo sujetar escrupulosa-

mente al orden y al rigor lógico del canon y la norma. Un siglo ya. Pero cada día están más frescas y lozanas las rosas de su ingenio y en el alma de España, al abrirse otra vez las páginas de sus libros inmortales, hay como un perfume de primavera que ilumina los horizontes de nuestra pobre y fatigada razón.



LA UNIVERSIDAD Y SUS PROFESORES EN FRANCIA

Por RAOUL AUDIBERT

LA Enseñanza Superior, en su forma actual, es la descendiente directa de las antiguas y muy singulares Universidades de la Edad Media, y su evolución no ha sido la misma en todos los países. En unos—especialmente en las naciones anglosajonas y germánicas—ha conservado la independencia y las tradiciones inherentes a sus orígenes privados y clericales; en otros, al contrario—como Francia y la mayoría de las naciones latinas de ambos continentes—, la Universidad moderna nació o cayó progresivamente bajo la dependencia del Estado, gozando de libertades y privilegios de mera forma, pero rigiéndose por la autoridad ministerial, como el resto de la educación nacional.

* * *

Esta situación aparece claramente en el modo de designación de los profesores y en el aspecto que reviste su carrera. Con excepción de los tres o cuatro establecimientos

de Enseñanza Superior «libre», como los Institutos Católicos de París o de Lila, cuyos alumnos deben someterse a los exámenes de las Facultades del Estado, únicas habilitadas para conferir diplomas oficiales, en las dieciséis Universidades francesas los profesores son *elegidos* por el respectivo Consejo de Facultad, pero su *nombramiento* depende del Ministro, que se reserva el derecho de declararlos previamente aptos al desempeño de su cargo.

Cada año el Ministerio de Educación Nacional, después de consultar al Consejo de Enseñanza Superior, levanta una lista de aptitud, compuesta de no más de cuatro o cinco nombres. Cuando se produce una vacante en una de las Universidades, éstas, previa autorización del Ministerio, pueden declarar sus preferencias mediante una elección, único vestigio de la autonomía tradicional; pero el profesor debe ser nombrado por el Ministro, que puede sustituirlo por un candidato de su preferencia. Una vez nombrado, el profesor sigue una carrera conforme a las reglas del escalafón administrativo; puede obtener sucesivamente su traslado de una Universidad a otra; por ejemplo, de Rennes a Lyon, o de Montpellier a Burdeos, y sólo después de ocupar cátedras de creciente importancia podrá llegar a la más grande de las Universidades, a la vieja Sorbona medieval, no más independiente que las otras.

Existen actualmente en Francia 1.434 profesores de Facultad (entre los que figuran sólo 22 mujeres), formando un Cuerpo jerarquizado de funcionarios, situado a un nivel relativamente elevado en el escalafón administrativo: en virtud de las «paridades» establecidas entre las diferentes categorías civiles o militares, un profesor de Facultad empieza (entre treinta y cuarenta años) en un rango equivalente al

de coronel o de ingeniero en jefe, para alcanzar a la edad de la jubilación (setenta años) el de general de división o de alto magistrado. El profesor figura, por lo tanto, entre los altos funcionarios mejor retribuídos; pero cuando se sabe lo bajos que son los sueldos públicos en Francia, se comprende la legítima sorpresa de los más notables profesores franceses cuando visitan una Universidad extranjera y comparan sus emolumentos a los de sus colegas.

* * *

¡Qué referencias científicas, sin embargo, las que se exigen de estos maestros, muchos de los cuales gozan de notoriedad mundial! Su grado universitario es el tradicional grado de *Doctor*, cuya obtención supone un trabajo de erudición, de pensamiento o de descubrimiento consignado en una tesis, otro viejo recuerdo de los ejercicios escolares de la Edad Media. Pero no hay nada común entre la tesis de Doctorado de Estado, en Francia, y los trabajos de menor importancia que permiten la multiplicación de los doctorados en otros sistemas universitarios. Una tesis de doctorado en Ciencias o en Letras, en una Universidad francesa, supone a veces diez o quince años de trabajo, y debe constituir, en la especialidad del autor, un aporte de sólida erudición, o el desarrollo de una teoría nueva, o la afirmación de un pensamiento valedero.

Su elaboración se efectúa de diversas maneras. En ciertos casos, un joven profesor agregado, que ofrece, por el hecho de serlo, todas las garantías de orden pedagógico, obtiene una beca de la Caja Nacional de Investigación Científica, que lo descarga de toda labor docente y le permite consagrarse por entero a los trabajos eruditos; la Escuela de Atenas,

si es arqueólogo; los laboratorios, si es químico o físico, le abren sus puertas, dándole toda clase de facilidades para coronar su obra. En otros casos, se trata de profesores normalmente adscritos a un liceo, que deben atender en primer lugar a sus obligaciones profesionales, y consiguen proseguir su trabajo personal a fuerza de voluntad y de tiempo. De todos modos, el tema escogido tiene que ser previamente aprobado por su futuro Tribunal de examinadores, el cual controla la gestación de la tesis, y cuando juzga el trabajo suficientemente adelantado y satisfactorias las pruebas del talento y del saber del candidato, propone su nombre al Ministerio para ser inscrito en la famosa lista de aptitud. El autor de la tesis inconclusa entra entonces a formar parte del profesorado de Enseñanza Superior y obtiene en una Facultad el cargo de «Maestro de Conferencias». Desde entonces le queda por llevar a buen término su obra y obtener, el día de su sustentación, la mención *muy honorable*, absolutamente indispensable para entrar a ocupar una cátedra de profesor titular.

No es sorprendente, por lo tanto, que el repertorio de tesis doctorales sea un verdadero catálogo del pensamiento universitario francés. En la bibliografía de Taine, de Lanson o de Bergson; en la de Pasteur, Broglie o Joliot-Curie, la tesis doctoral figura entre los títulos más importantes. Famosos descubrimientos matemáticos de Henri Poincaré o de Painlevé, y aun los primeros escritos filosóficos de J. P. Sartre, fueron, inicialmente, trabajos destinados a una tesis de doctorado.

Todos o casi todos esos autores, por cierto, no alcanzaron la notoriedad sino mucho más tarde, en una carrera com-

partida entre la enseñanza y la prosecución de sus estudios personales.

La Universidad, tan severa cuando se trata de calificarlos y escogerlos, ofrece a sus profesores, una vez nombrados, una maravillosa independencia de pensamiento y sorprendentes posibilidades para ejercer su influencia. Dueños de su cátedra y de su laboratorio, solos o en medio de los estudiantes, los maestros gozan de la quietud de una carrera segura y de una libertad que les permiten desarrollar hasta su plenitud los dones tan severamente demostrados en sus comienzos. De ahí vienen el particular brillo y la cohesión de la Enseñanza Superior francesa, tan profundamente unida a la vida intelectual del país: la designación rigurosa y reglamentada del funcionario universitario está ampliamente compensada por la estabilidad, la autonomía y la libertad de la función.



MISION SOCIAL DE LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

Por SANTIAGO GALINDO HERRERO

LA Universidad no puede ser un órgano estático, aferrado a las viejas doctrinas y caducos modos. La aparición de la más ligera inquietud en la sociedad, a la que sirve, debe de poner en vibración todo su aparato intelectual hasta encontrar las soluciones que atajen las quiebras de los tiempos. El aletargamiento del *alma mater* nacional, su distanciamiento de la vida, puede producir graves trastornos al dejar de cumplir su misión esencial de ser «conciencia y cerebro de la Humanidad», que por ella piensa. Los problemas e inquietudes que en el pueblo toman vida y carne, ascienden hasta ser la preocupación de todos los nacionales. Entonces es cuando la Universidad los recoge, los estudia, y a su calor hace surgir nuevos brotes en el viejo tronco del árbol de la ciencia.

En esta hora nuestra del mundo, en que se desquebrajan los fundamentos morales de la sociedad, cuando al *quale* sustituye el

quantum y las cosas tienen una calibración ajena al principio del bien y del mal, era natural que fallaran las normas de convivencia y que el viejo forismo del *homo homini lupus* surgiera como mote de esta época infausta. La magnitud del problema social se agiganta de día en día en forma pavorosa, hasta crear la incertidumbre y el desasosiego; querer remediarlo con fórmulas que no varíen de abajo arriba la actual estructuración, es mirar con ojos de miope al gigante. Para remediar esta dolencia de la Humanidad, la Universidad ha de crear hombres nuevos, con espíritu nuevo, capaces de entender que el universitario, en la vida, no sirve a funciones, sino que se entrega a misiones, y de esta que ahora nos ocupa depende el porvenir del mundo. Hay que encontrar, como en aquellas épocas que comenzaron con la abolición de la servidumbre y de la esclavitud, la fórmula en que encajar las conquistas de la Revolución Francesa: igualdad de derechos civiles, políticos, sociales y jurídicos de todos los hombres, que no fueron sino la ruptura de las esclusas para dejar paso a la masa de reivindicaciones, problemas y desvelos que heredamos de aquel protocolo de los «Derechos del Hombre», firmado en 1789 en el Juego de Pelota, pelota que aún está en el tejado.

Menguada solución, por otra parte, la que se encuentre a través de elementos de una formación exclusivamente técnica. El economista que no conozca sino estadísticas y gráficos, operará siempre con la falta de un factor decisivo: la voluntad humana, que si ayer gustaba de usar sombrero, hoy sin razón alguna lo detesta, para volverlo a usar mañana. No podemos negar, ni es nuestro propósito, la importancia «de referencia» que tienen estadísticas y gráficos económicos, así como las fórmulas matemáticas. Pero con esto sólo no se pasará de conocer un término, y no el principal, a mi juicio, de la ecuación a resolver. Abundando en esta idea, el Rvdo. P. Emile Bouvier, S. J., en la conferencia pronunciada



el 5 de febrero de 1945 en la solemne inauguración de la Sección de «Estudios de las Relaciones Industriales» de la Universidad de Montreal, decía: «La concepción cristiana y católica de las relaciones industriales exige que el trabajo social emane de la caridad de Cristo. Es preciso dar a estos ingenieros sociales una preparación técnica que se base en esta noción; es preciso formar su conciencia moral y socialmente, penetrarles en los principios de la moral industrial, suscitar en ellos el principio de la responsabilidad hacia Dios y la sociedad humana, inspirarles la consagración, el sacrificio y la generosidad hacia la misión social, más bien que el interés personal.»

Y esto es bien cierto, porque el problema social es problema de personas, cuya valoración y estudio escapa a los trabajos de laboratorio, por sus mil complejidades de orden afectivo, que difícilmente podrán valorarse con un criterio económico exclusivamente. El estudio más completo del hombre, cuando menos por sus relaciones sociales, se hace a base de la filosofía, la historia y las artes. Unida la técnica con este criterio social será más fácil obtener un real resultado para este problema nuestro, que hace que los tópicos de la «encrucijada», la «coyuntura temporal» y la «época crucial» sean elevados a la categoría de dogma.

En la mayor parte de las Universidades del mundo ha surgido un movimiento favorable a la creación de Estudios sociales. Tenemos ante nosotros los planes de esta materia, recién incorporada a las Facultades oficiales de las Universidades de Montreal (Canadá) y Friburgo (Suiza). Es interesante señalar cómo se han agrupado disciplinas que tienden a la formación integral de los alumnos.

En la Universidad de Montreal los nuevos estudios reciben el nombre de «Cursos de Relaciones Industriales». He aquí sus distintas disciplinas:

Metodología. — Filosofía social. — Filosofía económica. — Moral

industrial.—Instituciones del Canadá francés y Civilización francesa.—Los problemas de las familias obreras.—Economía política. Historia de las Doctrinas económicas.—Investigaciones sociales.—Psicología aplicada a la industria.—Higiene social.—Derecho de familia.—Estadística.—Las encíclicas sociales y las relaciones obreras.—Legislación obrera.—Higiene industrial.—Geografía económica del Canadá.—Organización y acción sindical.—Los problemas del personal.—El Servicio social y sus técnicos.—Los problemas del salario.—Teoría de la Contabilidad y análisis de los balances.—Relaciones industriales.—Los problemas de la familia numerosa.—La Seguridad social.—La prevención de accidentes del trabajo.—El Contrato colectivo.—La Cooperación.—Conciliación y arbitraje en los conflictos de trabajo.—La Industria y la protección de la población rural.—La Industria y las necesidades de la Economía rural.—Historia de los movimientos patronales y obreros.—La Industria canadiense (conferencias).

En los cuadros de enseñanzas de la Escuela Internacional de Ciencias Sociales y Políticas de Friburgo figuran las siguientes materias :

Filosofía social y Filosofía del Derecho.—Derecho público general y Teoría del Estado.—Derecho de Gentes y Teoría de las Relaciones internacionales.—Historia de las Doctrinas políticas y Teoría de las Formas políticas.—Historia general moderna e Historia diplomática (Filosofía de la Historia).—Historia de las Doctrinas sociales y Teoría de las Formas sociales (Sociología y Estructura social).—Etnología y Teoría de las Formas de la Cultura. Historia de las Doctrinas económicas y Teoría de las Formas económicas (Estructura económica).

Como puede apreciarse, la Universidad canadiense ha creado un programa más extenso y completo que la de Friburgo, para la formación humana de los futuros dirigentes de empresas y encar-

gados de estructurar las relaciones entre los organismos sociales que colaboran en la producción.

España, que ha dado un gran paso con su nueva Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Sociales, no debe quedar a la zaga de este movimiento propulsor de vocaciones sociales. Pero es preciso inyectar la preocupación social en la juventud universitaria, que a su salida a la vida ha de encontrar planteado en sí mismo el agudo problema, provocado por la injusticia insaciable de muchos. Para eso ha de estar el universitario más en contacto con el pueblo; hay que darle a conocer que él mismo forma parte de él, para que no se distancie peligrosamente. La asignatura de Religión, hoy obligatoria en las Facultades, debe tender a crear un sentido de caridad honda y sentida hacia sus colaboradores en todos los universitarios españoles, independientemente de que los que se sientan con vocación se entreguen de lleno a esta misión sociológica.



LA OBRA
DEL
ESPIRITU

LA OBRA
DEL
ESPIRITU

RAMON GOMEZ DE LA SERNA, OTRA VEZ EN POMBO

Por JOSEFINA DE RANERO

«Totus mundus agit histrionem.»

«Todo el mundo actúa en histrión.»

SHAKESPEARE

EL local ha cambiado mucho. Ya no es cripta, y en lugar del cuadro sombrío de Gutiérrez de Solana, tan expresivo, muchas caricaturas en azulejos claros, que recuerdan, por su colocación, un incipiente cuarto de baño con los perfiles de los nuevos valores pombianos, menos asequibles que los antiguos.

Los perfiles, bueno; pero, o faltan azulejos para revestir el cuarto, o sobran caricaturas para impresionar en su uniforme delineación al curioso «dilettante» y, por más señas, contertulio de la primera época. Mi caso.

A los pocos minutos de entrar Ramón, el frío y poco hospitalario local se carga de electricidad, de flúido humano, y se crea atmósfera con ese clima tan peculiar cuando está él.

Y es que entre los muchos méritos para mí de Gómez de

la Serna, será siempre el más destacado su recia personalidad «a alta tensión», que difunde por donde va calorías reconfortantes que no están reñidas con ideas de controversia, de burla, de crítica y humanidad tolerante, sin las cuales una tertulia agoniza o aborta.

Ante la radio, a la que hay que andarse con mucho cuidado (como él dice), ya que no será nunca una cinta magnetofónica, susceptible de corregirse en ella lo que se improvisa al hablar. ¡Cuidado con las improvisaciones! Se turnan Tomás Borrás y Vighi: uno, en prosa, con erudición edilicia, que hace un resumen inofensivo, pero sin bríos, de la vida madrileña; y el otro, también en broma, versificada, termina con el estribillo castizo de «¡Ramón del alma mía!», que cuando, «ya de vuelta», nos llega Gómez de la Serna, puede resultarnos un tanto anacrónico este casticismo cuando el suyo fué aireado por vientos de Ultramar...

Hubo alguien, es natural, que criticó ese tópico tan socorrido. Y, sin embargo, para los antiguos pombianos, ese prestigeador de la literatura habrá constituido uno de los más fuertes elementos de paisaje en nuestra alma adolescente de principios de siglo. Con su revista *Prometeo*, en donde se desbordaba todo un movimiento literario y era palenque de las primeras justas de nuestra ilusionada juventud.

Toda una época tramontada, pero deliciosa para el barroco del pensamiento ocioso y despreocupado de entonces en busca de estilos, con una vida fácil, en que con muy pocas pesetas lográbase vivir nuestra bohemia auténtica. Mientras que ahora los «vergonzosos bohemios» van desapareciendo y son reemplazados por unos sucedáneos mundanos que, procedentes de otros planetas, encuentran elegante (y, digámoslo «sotto voce», más barato) remontarse a la estratos-

fera intelectual, en donde, si no logran respirar con suma facilidad, les divierte, en cambio, esos ejercicios de respiración artificial, tan de moda, que les permite codearse (mejor diría yo, frotarse) con nuestros pensadores y exhibirlos a los cuatro vientos.

Como si por reflejo el pensamiento ajeno les diera a esos ciudadanos del mundo una luminosidad ilusoria que les redimiera de su mediocridad vitalicia...

También habló por radio Sanz Díaz, encargado de darle a Ramón simbólicamente la alternativa de esa presidencia, en cuyo cenáculo nadie le superó. Aunque preciso es agradecerle la pleitesía y culto que le rindió estando ausente.

En Pombo se jugaba, se dibujaba, se hablaba, se comentaba la precaria actualidad de *entonces*, y se hacían gestos o bromas, y hasta novatadas, a los iniciados que se consolidaban en la tertulia, siempre que tuvieran un distintivo de insensatez innata o de talento.

Sólo los tontos vanidosos se sentían incómodos allí y emigraban por instinto biológico. Dado que un fatuo siempre será un elemento disgregador en toda reunión, y le hacíamos la convivencia insoportable hasta que se iba.

«Este fenómeno de colarse alguien entre nosotros no era propio de las noches del sábado, sino de siempre. Hay una atracción irresistible del hombre que quiere estar solo en un rincón, sobre el hombre desorientado que entra y elige irremisiblemente el sitio en que hay alguien que no quiere estar cerca de nadie. Aunque el café esté vacío, eso será fatal. La impertinencia de la imbecilidad humana produce ese fenómeno incalificable, y para esos hombres entrometidos todo es lo mismo: vaga adolescencia, vaga reunión de discutidores; cuando si en Pombo se discute es por cumplir una re-

gla de urbanidad y cortesía, pues Pombo, bajo su apariencia de hablador, es un nuevo Club del Silencio.» En el que se permitían las interferencias estimulantes, que no hay que confundirlas con las vaciedades deprimentes.

¿Lo entenderán así todos los que acuden ahora a ese café, después de trece años de ausencia del gran Silencioso?

Mucho barrunto que no siempre sabrán escucharle con comprensión y sin críticas, porque son hombres cansados que carecen del sentido del humor... Sobre todo, de la expresión ajena humorista, que no logran vislumbrar detrás de un monóculo de cartón, el ojo avizor y burlón que desmenuza todo el drama de una personalidad enclenque, que se traduce en gracia bufona.

En torno a su humorismo escalofriante, histriónico, inclusive cuando habla, que lo utiliza adrede Ramón para crear su atmósfera, él tendrá siempre el don de polarizar en torno suyo una humanidad inquieta o desorbitada. Y de ahí que ese cenáculo fué hogar para todos nosotros, con todas sus estridencias y controversias. Mientras que en otras tertulias, tan violentas y con peor intención, no hubo nunca esas calorías de amistad, «que no admiten a todos, porque eso sería complicidad, cuando la verdadera amistad elige, desecha y sacrifica. Honrando al muerto que hay en nosotros (como él dijo muy bien en un alarde de buen humor) y exaltando nuestra gran camaradería».

Y como ya sabemos que su alegría proviene de su exuberante humanidad y de su ingenio, «no debe ofender a nadie, y si me río, me río de mí en primer término».

Por lo que, sin excepción a la regla, él se rió mucho de mí en 1920. Lo que constituye para mí, a esa gran distancia

de veintinueve años, un certificado de honra y de supervivencia intelectual.

Fuí introducida en su tertulia por unos camaradas que yo frecuentaba en el Ateneo, de donde ha surgido ahora la invitación oficial hecha por su inmejorable Presidente, Rocamora, y actual Director de Propaganda para que Ramón nos brindara, una vez más, la gracia de sus paradojas estimulantes. Aparentemente sin sentido común, pero que serán siempre el revulsivo más higiénico para ese sedimento de experiencias que no acabamos de ventilar o de resolver dentro de nuestro fuero interno.

Eran esos amigos José Ciria, un elegido de los dioses, y cuya muerte tan desprevenida nos supo muy dolorosamente a todos por igual; Edgar Neville, peso pluma de gracia chispeante, que tardo en identificarle siempre que le veo, como si en realidad viviese «ausente de sí mismo» todas las horas de su jornada intensiva. Y Paco Vighi, a quien yo de antemano le he perdonado cualquier renuncio, en gracia de su colaboración burlona para bucear en aquellas aguas procelosas, que me consolidó allí hasta que me trasplanté al clima italiano.

En que sustituí ese noctambulismo pombiano con el ritmo de Anton Gulio Bragaglia, otro avanguardista latino, y pilotada por Sánchez Mazas, que será siempre para mí, a Dios gracias le sean dadas, otro gran bohemio de mi adolescencia. Sucédáneo de mi tertulia madrileña, lo fué el Café del Greco, en Roma, donde me encontré con el dinámico Marinetti; pero me fué harto difícil reemplazar esas irradiaciones de camaradería, en donde una pléyade de artistas de muy diversos colores y matices formaron el midollo de mi

mundo literario, que subsiste todavía como un milagro de juventud y «dilettantismo» hasta rayar los cincuenta años.

Pilotando, a mi vez, por esos arrecifes de Pombo a una gran hispanófila, amiga mía, que conocí en Londres, y que con su retrato, publicado en el libro *Pombo*, honraba con su presencia nuestra tertulia. Como la honraron otras personalidades europeas de paso por Madrid, y que, si mal no recuerdo, fueron el pragmático Papini, Valery, Cassou, Coc-teau y tantos más...

Entonces Ramón era, ante todo, un gran bohemio de las letras, que polarizaba con sus gestos descompasados, sincronizados con la época y a veces muy castizos, la atención de tantos hombres europeos que visitaban nuestra patria y se fijaban en él.

Como ahora están fijos en su figura universal y señera, en que la obra se identifica con el hombre (más estilizado, como cuadra a la brevedad del momento presente), toda la atención ajena, expectante, de este flujo y reflujo de personalidades que aterrizan en nuestro país como en una orgía intelectual de valores indiscutibles y reconocidos. Como en un desfile glorioso para los que aquí vivimos y admiramos a los que nos vienen de lejos en todas direcciones.

Y para terminar esta crónica pombiana, no estaría de más que copiara aquí unos cuentos que, junto a la caricatura mía, vista por Bagaría y publicada en ese libro de *Pombo*, en donde yo me chupaba la nariz, pero no el dedo. Se hablaba de loros, y uno dijo: «Yo conocí un loro de voz bronca (lo de la voz bronca se escribió para disimular un poco la ironía, porque ya Vighi había versificado mi voz de pito) que andaba suelto por la casa de un general, y que, *escarmentado* el papagayo por algunos pisotones que había recibido, iba gri-

tando por los pasillos con voz fuerte: «¡Cuidado! ¡Cuidado!...»

El de más allá agrega en la tertulia: «Anda; pues, una vez, yo recuerdo también que, con gran descuido, llevaban a uno en su jaula dándole tumbos sin consideración ninguna, y el loro, al cabo de la matraca, ya al final de la mudanza, dijo: «¡Caramba, pues no me he mareado!»

Esa correa, ese aguante para todas las matracas y tumbos que nos da la vida, con pisotones o sin ellos, los he aprendido en Pombo. Como lo aprendieron los buenos pastores que por allí pasaron, aguantando el mareo y las contrarias mareas de las vicisitudes humanas, que no repercuten nunca en disminución de la obra de un escritor. Insuperable y original como hay pocos humoristas españoles, que simboliza toda una época de astracanada e histrionismo. De soledad espiritual, en que tantos hombres desarraigados y abandonados han encontrado en sus greguerías la razón de muchas sinrazones de sus tragedias íntimas, superadas, en un esbozo de sonrisa contagiosa y comprensiva, que él insinuó antes que nadie.



E L A R T E D E EDUARDO CHICHARRO

Por MANUEL PRADOS LOPEZ

LA muerte de D. Eduardo Chicharro ha sorprendido a muchos, sobre todo a aquellos que mejor conocían al maestro. La vitalidad artística de éste, su vocación indeclinable y la magnitud de sus proyectos nos alejaban de la idea del tránsito. Ya está definitivamente cerrado el ciclo de superaciones estéticas de Chicharro. Después de la sorpresa viene la meditación, la glosa de homenaje, que no es obligada, ni circunstancial, sino testimonio oportuno de la fiel admiración que inspiran la vida y la obra del gran pintor de España.

*Chicharro, nada más y
nada menos que pintor*

Se ha dicho muchas veces de Chicharro que fué el pintor estudioso por antonomasia, tal vez el pintor más estudioso de nuestro tiempo: estudioso desde un punto de vista integral-

mente pictórico; es decir, no estudioso en el sentido polifacético y superficial en que muchos artistas apetecen saber, sino en un sentido austero, absolutamente profesional, hondo y obstinado. De no haber estudiado así, Chicharro no hubiera llegado a ser el pintor más consciente y más exigente de las aptitudes propias, el de más desarrollo espiritual crítico y el de más profundos conocimientos de su oficio.

El estudio en Chicharro es lo que más influye acaso para la revelación de su personalidad auténtica. Es sabido cómo tuvo que trabajar, en sus comienzos, sometido a una disciplina tradicional de persistencia en el dibujo, de la cual el maestro nunca renegó por anticuada. Y a nadie se le oculta que Chicharro no era un rutinario, sino el pintor más extraño a la rutina.

Después, ya en la Escuela de San Fernando, donde ingresó no como un niño prodigio, sino como un muchacho trabajador y perseverante, que llevaba bien aprendido lo fundamental de su carrera, el estudiante discrepó de los tópicos pedagógicos al uso; pero no se rebeló contra la autoridad de ninguno de sus profesores, ni consideró innecesario ningún consejo, por distante que estuviese del propio sentimiento. Al contrario, Chicharro siguió siendo voluntariamente alumno de la Escuela, después de poseer el título que lo emancipara de la rectoría del dómine oficial.

Chicharro no se distingue como estudiante. ¿Cómo se muestra tan estudioso en las asignaturas fundamentales para el pintor y en las indispensables para una formación artística ancha y profunda? Es que Chicharro se siente pintor: nada más y nada menos que pintor, desde el principio de su carrera. No es que desdeñe ningún conocimiento útil: es que necesita todo su tiempo para pintar, para aprender a pintar,



D. EDUARDO CHICHARRO

para conocer todos los antecedentes de la pintura en el mundo, para estudiar a los dignos de estudio, para compararse con colosos, para valorizar y revalorizar en su concepto las grandes figuras españolas, para aprender su oficio con minuciosidad de artesano, con pasión de alquimista y con un desvelo artístico ejemplar.

El es un pintor: nada más y nada menos que un pintor español del siglo xx. Sabe a cuánto le obliga su existencia y su presencia en un momento crucial de la pintura española: cuando Rosales desaparece. Al empezar a pintar descubre que sus trabajos de adolescente, penosos, repetidos, poco estimulantes de la ilusión artística, no han de ser ineficaces, ni negativos, sino de una positiva vigencia para los años de aprendizaje, los de magisterio, los del éxito y los de la gloria. Claro que su experiencia se irá formando en la eliminación de ciertas normas y ciertos preceptos ramplones, consuetudinarios o simplemente empíricos. Chicharro es un pintor luminoso, superdotado, inteligente, analítico, evolutivo, enemigo del empirismo por propia estimación y por puro amor a la pintura y a lo español en pintura; esto es, a la pintura española. A pesar de ello no adula la memoria de los pintores españoles de fama mundial, sino que los estudia con un raro amor de artista, con un amor nuevo y casi doloroso.

Luego viaja mucho y con talento: siempre observador, siempre comparando y comparándose. En ocasiones se reconoce sumamente pequeño. Otras veces se siente impulsado por la grandeza que lo impresiona. Estudia, estudia siempre: estudia como cuando copiaba ojos, narices y bocas con una vocación de servicio a la dificultad. Estudia, aunque ya liberado de preceptivas ahormadoras. Siente la necesidad de aprender «directamente» lo que nadie le ha enseñado, ni le enseñará,

con palabras habladas o escritas. Chicharro ha guardado en su cerebro y en su corazón todo lo aprendido con más o menos morosidad, con más o menos reparos. Sabe lo que es cierto y lo que no lo es: entrevé la verdad y busca sus razones. Cuanto ha seleccionado de lo aprendido es puesto, fielmente, al servicio de la verdad artística española. Así y no de otro modo había de cooperar al engrandecimiento del arte español un pintor como Chicharro —nada más y nada menos que pintor—, que no podía contentarse con aprender mucho de pintura, ni aun siquiera con dominar su oficio, ni con descubrir combinaciones, efectos, síntesis, sino que tenía que proyectar la propia luz al pasado y al futuro español, servir de nexo, enseñando lo aprendido y experimentado, en la historia de nuestra pintura. Para ello había de ser, además de maestro eminente, maestro de maestros. O lo que es igual, no le bastaba ser «nada más que pintor»; necesitaba ser también «nada menos que pintor».

«El Alguacil Mayor de Avila»

Chicharro pinta en el verano de 1944, durante su estada de merecido reposo anual en Avila, «El Alguacil Araújo», lienzo maravilloso, que sorprende a los íntimos, ya trasladado al estudio de la calle de Bárbara de Braganza, en Madrid, donde la fama del nuevo cuadro cunde en tertulias, exposiciones y academias con la simpatía del caso prodigioso y el incentivo de una sorpresa garantizada por la ejecutoria del artista. Chicharro tiene acostumbrados al público y a la crítica de más de medio siglo de arte español a las superaciones desconcertantes y a las evoluciones discretas o

audaces. «El Alguacil Araújo» colma, sin embargo, todos los antecedentes. Es un ejemplo máximo de maestría, de continuidad pictórica sabia e ilusionada. Chicharro ha cumplido los setenta años, posee todas las recompensas imaginables, ha triunfado en todos los tiempos y al través de todas las dificultades apetecidas o buscadas por el propio luchador. ¿A qué aspira con su nuevo cuadro cumbreño y españolísimo? ¿Puede superar cada uno de sus triunfos anteriores y la suma de todos ellos? Puede. «El Alguacil» ha sido sugerido por Castilla, donde tantas obras magistrales ha soñado y realizado el maestro. «El Alguacil» es un resumen de los conocimientos de Chicharro: un cuadro sencillamente magistral y demostrativo, pintado sin preconcebido propósito de alcanzar una nueva meta impresionante. Pero es un cuadro pintado con amor, con vocación viva, con inteligente dominio de aptitudes magníficas: es un cuadro de juventud y de experiencia a la vez. A tales extremos llega el pintor en sus ocios veraniegos. Castilla es incansable, como él.

No sabemos si sería oportuno encasillar «El Alguacil» en la tercera etapa cifrada por Chicharro (hijo) en su cuadro sinóptico de conclusiones artísticas, al final de su conferencia «Tres aspectos en la pintura del maestro», pronunciada en mayo de 1944, en el Museo Nacional de Arte Moderno. Desde luego, la obra cimera reúne todas las cualidades anotadas en el referido cuadro: es un paradigma de la clasificación. Por otra parte, alguien podría resistirse a comparar «El Alguacil» con otros cuadros de la misma época. De cualquier forma, hay que reconocer que D. Eduardo Chicharro revalidó sus triunfos y sus recompensas, sus méritos y sus afanes en una obra definitiva, perdurable, que pide sitio en la teoría gloriosa de cuadros españoles. El maestro acertó una vez más, haciendo

resaltar su acierto entre los muchos de su brillante carrera.

¿En qué estriba la excelencia de «El Alguacil» y su ejemplo aleccionador? ¿En el trasunto fiel y extraordinario de una figura arquetipo? ¿En la maestría del dibujo, en la captación de matices, en la simplificación de los medios materiales expresivos, en la composición —antiguo desvelo del artista—, en la armonía entre la figura y su ambiente? En todo eso y en algo más: en la plenitud de los elementos acopiados y en esa unidad de lo perfecto en arte, que semeja redundada del triunfo de lo subjetivo en lo objetivo.

«El Alguacil Araújo» fué expuesto con los máximos honores en el Museo Nacional de Arte Moderno, por iniciativa de la Asociación de Pintores y Escultores. La importancia de dicha Exposición y su sentido exhaustivo de homenaje nacional selecto quedaron reflejados en el folleto editado en abril de 1945 con un resumen de juicios críticos eminentes, de un valor antológico incalculable. «El Alguacil Mayor de Avila» confirmó un prestigio, jalonó una ruta, en las cumbres, con piedra extraordinaria, y tuvo la virtud de unir a quienes admiraban a Chicharro. La bondad y la justicia no se alejan del hombre tanto, ni para siempre.

ANTE LA MUERTE DE MAURICIO MAETERLINCK

Por JOSE MONTERO ALONSO

LA larga vida de Mauricio Maeterlinck se extiende de 1862 a 1949: casi noventa años de una existencia que fué en lo exterior, pausada y apacible, mientras, fuera de ella, Europa y el mundo se agitaban en una fiebre de convulsiones cuyo final no ha llegado todavía.


Superviviente de viejos días, de inquietudes y estéticas literarias caducadas, Mauricio Maeterlinck se nos aparecía hoy como una figura de otro tiempo, a la que muchos pudieran creer extinguida ya. Las más ásperas horas de Europa pasan cerca de él, en una cabalgata de infatigables jinetes apocalípticos. Varias veces la guerra trepida en torno suyo. Antorchas revolucionarias iluminan reiteradamente el suelo de Europa. Soñó Mauricio Maeterlinck con una fuente de verdad y de claridad para el hombre, para los enigmas y las sombras que envuelven el destino de éste. Mas se encontró, a lo largo de aquella existencia dilatada, que la Humanidad, más que sus problemas íntimos y eternos—la Muerte, el Misterio, el Destino—, se enredaba en la maraña de los problemas colectivos, de las angustias de tipo social.

Poeta de enorme talla, hombre de profunda vida interior, el escritor había de sentir con lancinante hondura la zozobra del hombre que desconoce su porqué, que no ha descifrado todavía el enigma de su vida y de su muerte. Más que aquellas otras inquietudes de la masa, más que el rumbo de los pueblos, interesaban a Maeterlinck las interrogantes que plantea el propio corazón humano, el destino personal y apasionante. Su obra, casi toda su obra es un ritornello: los temas eternos del misterio y de la muerte van repitiéndose en ella como una obsesión.

* * *

Su personalidad y su obra se unen a la estética simbolista de finales de siglo, a los grandes nombres de aquel tiempo, abanderados por el viento renovador de Mallarmé. Tres nombres belgas—el de Jorge Rodenbach, el de Emilio Verhaeren y el de Mauricio Maeterlinck—constituyen fundamentalmente la aportación belga al simbolismo. Este encuentra su traducción teatral, sobre todo, en la poesía misteriosa, íntima, alucinada, de la creación dramática de Maeterlinck.

El escritor conoce en seguida el eco internacional, la curiosidad apasionada de los medios intelectuales de todo el mundo. Mauricio Maeterlinck es muy pronto un belga universal. Hasta tal punto, que algunas de sus obras son publicadas o estrenadas en otro idioma antes que en el suyo propio. A sus treinta años conoce la iniciación de aquella celebridad mundial: en el *Figaro*, de París, aparece un día un artículo de Octavio Mirbeau, en el que éste compara a Maeterlinck con Shakespeare. Saluda en él la llegada de un nuevo Mesías literario. El trabajo de Mirbeau tiene una inmediata y amplia resonancia. El escritor belga había escrito hasta entonces *La princesa Malena*, *La Intrusa*, *Los ciegos*, *Las siete princesas*... Es *La princesa Malena* la obra que lleva al escritor francés a hacer la comparación con Shakespeare. Andando los días, Maeterlinck dirá de esa obra suya que la única cualidad que posee es «cierta armonía espantada y sombría».



Ya no deja esta «armonía espantada y sombría» de tutelar la labor dramática del escritor. El Misterio y la Muerte pesan, densos y angustiosos, sobre el resto de sus obras escénicas. Las que siguen a *La princesa Malena*—dice su mismo autor—«presentan humanidad y sentimientos más precisos, presa de fuerzas tan desconocidas, pero un poco mejor dibujadas». En aquellos dramas—es, de nuevo, la palabra de Maeterlinck—se tienen en «potencias enormes, invisibles y fatales cuyas intenciones nadie sabe, pero que el espíritu del drama supone malévolas, atentas a todas nuestras acciones, hostiles a la sonrisa, a la vida, a la paz, a la dicha. Destinos inocentes, pero involuntariamente enemigos, se anudan en ellos y se desanudan, para ruina de todos, bajo las miradas entristecidas de los más cuerdos, que prevén el porvenir; pero no pueden cambiar nada a los juegos crueles e inflexibles que el Amor y la Muerte pasean entre los vivos. Y el Amor y la Muerte y las otras potencias ejercen una especie de injusticia sarcástica, cuyos castigos—porque esta injusticia no recompensa—no son, acaso, sino caprichos del Destino. En el fondo se encuentra la idea del Dios cristiano, mezclada a la de la fatalidad antigua, arrinconada en la noche impenetrable de la naturaleza y, desde allí, complaciéndose en acechar, en desconcertar, en ensombrecer los proyectos, los pensamientos, los sentimientos y la humilde felicidad de los hombres».

El Destino, la Muerte y el Misterio constituyen la trinidad inspiradora de la obra teatral de Maeterlinck. Flota sobre sus dramas una belleza sombría. Sus personajes—dolientes, atormentados, fantasmales—se mueven en una atmósfera de alucinación. La palabra al servicio de aquellas ideas heladas y tremendas, es plástica y palpitante, con un frecuente balbuceo de espanto, con una música de terror, que alcanza a veces la aguda vibración del escalofrío. La palabra que trata de dar—completando la acción—la sensación del misterio es certera y profunda. Es una palabra estremecida como un alma, estremecedora como un viento lúgubre.

* * *

Maeterlinck es el poeta del Misterio y de la Muerte. Es también el poeta del silencio, de la vida íntima y quieta, del ritmo interior del espíritu. Ama el éxtasis, la callada armonía, frente a lo estridente a la acción externa. Sobre aquella vida quieta—tan profunda en su quietud—ha dejado algunas páginas que vienen a ser resumen de buena parte de su estética. «Hay una tragedia diaria que es mucho más real, mucho más profunda, mucho más conforme a nuestro ser verdadero que las tragedias de las grandes aventuras. Esto se siente fácilmente, pero no se expresa lo mismo, porque esta tragedia esencial no es únicamente afectiva o psicológica. No se trata, en efecto, de luchas determinadas de seres contra seres, de deseo contra deseo, de pasiones contra pasiones. Se trata, más bien, de hacer ver lo que hay de extraordinario en el acto mismo de vivir. Se trata de hacer oír el diálogo solemne del alma con el Destino».

Imagina Maeterlinck, en relación con esta doctrina de la vida quieta, que un viejo está sentado en un sillón bajo la luz suave de una lámpara, junto a una mesa, dejando pasar el tiempo. El viejo, sin darse cuenta, está escuchando en esos instantes las leyes eternas del universo. Oye la voz de la llama que canta en el fuego próximo. Siente, de un modo inconsciente, la presencia de su alma y su destino. Ignora el viejo que todas las fuerzas del mundo están interviniendo, velando cerca de él. Ignora que el propio sol trabaja para que aquella breve mesa en que él se apoya no se hunda en el abismo. No hay un poder, no hay un astro indiferentes a aquella vida, aparentemente quieta. Y Maeterlinck piensa que ese viejo está viviendo en realidad una vida más honda y humana que el capitán que ha logrado una victoria o que el hombre que ha matado a su amante.

Mas ese sentido del éxtasis y del silencio—ha opuesto la crítica—equivaldría a la muerte del teatro, que es, sobre todo, acción y pasión. Y el escritor se ha defendido. «El teatro extático—ha dicho—no es imposible, y hasta creo que existe. La mayor parte de las tragedias de Esquilo son *inmóviles*. En *Prometeo* y en *Las Suplicantes* nada sucede. Toda la más terrible tragedia de la an-

tigüedad se detiene, cual una pesadilla, ante la tumba de Agamenón, hasta que el asesinato surge, cual un rayo, de la acumulación de ruegos... A veces, en las obras griegas, no sólo no hay acción material, sino que tampoco la hay psicológica, porque el poeta desea que nada turbe la actitud del hombre ante el Universo. No es un instante de la existencia lo que vemos. Es la existencia misma. Hay mil leyes más poderosas y más venerables que las de las pasiones. Son leyes lentas, discretas y silenciosas, como todo lo que está dotado de una fuerza irresistible.»

Para Mauricio Maeterlinck, en la creación teatral hay un diálogo doble: el que los personajes dicen—el menos importante—y el que no se habla, el que llega al espectador por el camino de la adivinación, de la sugestión. Es, una vez más, el valor del silencio, del silencio que se acusa sobre el espíritu como una presencia real.

Tras de las obras antes citadas aparecen *Peleas y Melisanda*, *Aladina y Palomides*, *Interior*, *La muerte de Tintagiles*... Al comienzo de nuestro siglo, *Monna Vanna*, un drama en el que la crítica vió un tema de perfiles a lo Corneille, se aparta de aquella línea escénica tiránicamente tutelada por el Misterio y por la Muerte. En 1903 se representa en Ginebra *El milagro de San Antonio*, sólo publicada en alemán. Por primera vez se representa en Moscú, en 1908, *El pájaro azul*, deliciosa fantasía simbólica y moral, que después había de dar la vuelta al mundo. De 1913 es *María Magdalena*, obra bíblica, representada por primera vez en Hamburgo y en Leipzig.

* * *

Mas Mauricio Maeterlinck no es solamente el poeta cuya obra aparece estremecida siempre por helados soplos mortuorios, por vientos de fatalidad y de misterio. Ni nada más el lírico del silencio y del éxtasis. Obras ajenas a su teatro nos muestran más bello su sentido de la vida, más consoladora su filosofía de hombres que quiere conocer, a la vez que aquel eterno enigma de la nada, el dulce enigma del existir. A esta otra línea de su creación literaria

pertenecen *Prudencia y destino*, *La vida de las abejas*, *La inteligencia de las flores*, *La vida de las hormigas...* El poeta busca anhelantemente la verdad de la vida entre el misterio infinito y maravilloso de la Naturaleza, de la existencia animal y vegetal. Quiere hallar, en el minucioso estudio de una naturaleza desbordante de sorpresas y perfecciones, la respuesta al porqué de la existencia humana. En diferente línea de trabajo—mas respondiendo también a preocupaciones profundamente humanas—están sus ensayos filosóficos, como *La Muerte* y *El gran secreto*.

Su alma y su obra son apasionadamente espiritualistas. «Una época vendrá—llega a decir—en que nuestras almas vivirán sin ayuda de los sentidos.» Hasta en su teatro llega al intento de apartar a la Muerte de aquella jerarquía de deidad que le ha dado en casi toda su obra anterior. «Me ha parecido prudente apartar a la Muerte del trono al cual no es seguro que tenga derecho.» Y en uno de sus dramas, *Aglavaine* y *Selysette*—añade—, «hubiera querido que la Muerte cediese al amor, a la cordura o a la dicha parte de su poder. No me ha obedecido, y estoy esperando, con la mayor parte de los poetas de mi tiempo, que se revele otra fuerza».

Estoy esperando... En esa espera entre un mundo atormentado, le ha llegado ahora la Muerte, la Intrusa de su drama, breve y hondo como un escalofrío.

HECHOS

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS DE VERANO

Los cursos de invierno, llamados normalmente académicos, de cada Universidad finalizan en mayo. Se efectúan las pruebas de exámenes, y la enseñanza oficial, en apariencia, se toma tres meses, poco más o menos, de descanso. Durante esos cursos se han estudiado las disciplinas que componen las diversas carreras universitarias. Pero, en realidad, ahí no finaliza la labor docente de estos centros, sobre todo de muchos de ellos, que organizan cursos de verano en sus propios locales o prestan sus profesores y envían sus becarios a estudiar en puntos donde la dicha enseñanza universitaria adopta diferente aspecto.

Alguien ha dicho en otra ocasión, con sagacidad suma y justeza en la apreciación, que los cursos de verano presentan un significado particularísimo y son los «medios naturales de conexión de la misión extratemporal de la Universidad con las instancias acuciantes y perentorias de cada momento».

Se ocupan así, puede decirse, las Universidades de verano, o los Cursos de Verano, organizados en distintos lugares, por otras tantas Universidades, de ofrecer los problemas de cada tiempo, de

poner en contacto al alumno con temas de palpitante interés, de inmediato interés.

A esos cursos no sólo acuden estudiantes españoles, sino que se da amplísima cabida a los extranjeros, que de este modo adquieren conocimientos especialistas y visiones útiles a su cultura, sea ésta del carácter que fuere.

Todos los veranos vienen celebrándose cursos en Santander, La Rábida, Jaca, Oviedo y Santiago de Compostela, etc. Llos planes que se desarrollan en todos esos centros estivales de enseñanza no responden a la misma modalidad. Cada uno ha elaborado previamente con gran esmero los suyos; aquello que estima de mayor importancia en el instante. También cada una de estas Universidades de verano hace la selección de aquellos profesores que habrán de dar sus lecciones, sus conferencias, enfocadas siempre conforme al plan y temarios previstos.

La Universidad de verano de Santander lleva por nombre el de Menéndez Pelayo, y es internacional porque acoge en sus aulas a universitarios europeos y de allende los mares que trabajan en disciplinas históricas, filosóficas y literarias. Cada año se prepara un temario general, que se suele concretar al perfil de un determinado tiempo, de una época determinada, para mostrarla tan completa como sea posible. Luego figuran también otras secciones, referidas frecuentemente a problemas contemporáneos, a los problemas que la actualidad brinda. Por último, no falta, claro está, el curso netamente para extranjeros, que comprende la Fonética, Gramática, Literatura, Historia, Arte y Folklore. También, a menudo, este curso de Santander suele suscitar o hallar un motivo especial para actos de la más alta categoría intelectual que sean como la culminación del programa.

Por la Universidad de Verano de Santander —«Universidad Internacional de Menéndez y Pelayo»— han desfilado los más renombrados profesores, tanto españoles como extranjeros, y esas celebridades ofrecen siempre un especial mensaje en el campo del conocimiento.

Y ahora hablemos de otra Universidad, la Hispanoamericana

de La Rábida, que explica su concreción en su propio enunciado. Es —ya está dicho— hispanoamericana, y a este sentido se circunscribe. Son temas los que se desarrollan en este curso, auténticamente especializado, que reclaman la atención de los hombres dedicados al estudio y resolución de grandes cuestiones del pensamiento y el espíritu que se expresan en lengua española.

También en Cataluña, y patrocinados por la villa de Puigcerdá, se ofrecen interesantísimos cursos de verano. Contribuye a ellos la Universidad de Barcelona. Dos secciones reclaman la primacía en sus enseñanzas: la de Filología y la consagrada a los estudios históricos. Profesores extranjeros y españoles, no sólo de las Facultades de la Ciudad Condal, sino de toda España profesan allí sus lecciones.

Tiene ya tradición entre las Universidades de verano la Literaria de Oviedo, que siempre se ha destacado, mereciendo grandes elogios, en la organización de ciclos que pudiéramos llamar monográficos. En estos cursos hay tres secciones: de Derecho, Ciencia y Letras, a cargo de los profesores de esta Universidad, así como de otros nacionales y extranjeros.

Asimismo disfruta de especial renombre la Universidad de Verano de Jaca, donde se enseñan principalmente Lengua, Historia, Cultura y Arte españoles, pero sin descuidar las disciplinas científicas por medio de conferencias de reputados maestros. La Universidad de Verano de Jaca es una de las más favorecidas por los estudiantes extranjeros, abundando mucho los de nuestra vecina Francia.

No podemos olvidar entre los cursos de verano de mayor interés los que se organizan en Burgos y en Segovia. Con carácter excepcional, éstos de Segovia tuvieron su asiento en La Granja, y es de esperar que, en prueba de su éxito, lo excepcional se convierta en costumbre. Asimismo, la Universidad de Valladolid organiza cursos en Vitoria y San Sebastián.

Subiendo a Galicia, ascendiendo de nuevo hacia la costa nórdica de nuestro país, hallamos los cursos de verano que organiza la Universidad de Santiago de Compostela, en Vigo, como lugar

más adecuado para el estío y de incomparable belleza por sus alrededores. Estos cursos comprenden tres Secciones: Filosofía y Letras, Ciencias y Derecho. Sucintamente hemos ido fijando los puntos principales donde, durante la estival estación, las actividades universitarias no cesan, y, por añadidura, presentan grandes atractivos, no sólo para el estudiante y especialista nacional, sino para los extranjeros, curiosos de nuestra cultura y de nuestro idioma. Cada vez el número de extranjeros que atraviesan las fronteras de España con el fin de seguir cualquiera de los cursos indicados es mayor, más nutrido, lo cual es una nota alentadora en muy diversos aspectos: primeramente, en lo que significa el estado de nuestro desarrollo intelectual para los países ajenos, e igualmente, en cuanto a ser el territorio español cada vez más celebrado por su belleza y el bienestar que en él se goza.

Como los años anteriores, el presente, todas las Universidades de las cuales acabamos de dar breve noticia, se hallan en plena actividad de organización, y ya tienen confeccionados, a punto, sus programas sugestivos y múltiples de materias.



LA ACADEMIA ESPAÑOLA Y SU HISTORIA

SOLO la mente torturada de un Talleyrand puede llegar a decir que las palabras sirven al hombre para ocultar su pensamiento. Porque los ideales educativos que se manifiestan plenamente en la propia estimación nacional, lo que llamamos sentimiento patrio, monta la guardia no sólo en las fronteras, sino en el idioma vernal, para depurar la raza.

El idioma brota en el propio terreno, con ese manantial de fuerza que el tiempo va transformando lentamente, variando el habla familiar, aunque a veces el uso proporciona voces incorrectas o galicismos inútiles, que obedecen al imperio de modas ridículas, importadas del extranjero.

¿Qué lengua se habla en España?, preguntaba angustiado Ramón y Cajal.

En España, como en todos los países, la influencia extranjera se deja sentir en un alud arrollador de vocablos exóticos

y neologismos superfluos. Ya Horacio se quejaba en su tiempo de lo mismo. Muchas palabras hoy en boga, decía, permanecerán, y otras, caídas en desuso, renacerán, como lo quiera el uso, árbitro poderoso y norma del lenguaje.

Y es que la pueril vanidad de importar palabras nuevas o de lucir harto dudosa familiaridad con lenguas extrañas, pueden más que los dictados del buen sentido.

Demos por descontado que las lenguas evolucionan y que los inventos incesantes de las ciencias y de las artes nos imponen neologismos difícilmente reemplazables. Pero también reconocamos que en ello influye mucho la moda.

Con razón señalaba Cajal la observación de *Azorín* de que hoy no se adjetiva como antaño, de que ciertos vocablos pierden su energía y otros, abandonados en el desván del arcaísmo, la recuperan, remozándose en esa confusa mezcla de evolución y regresión, de mejora y bastardeo.

Este daño se remonta al siglo XVIII, donde las gentes hablaban y escribían a su talante y capricho, salvo las honrosas excepciones de nuestros escritores.

Para corregir estos males, Felipe V —octubre 1714— ordenó la fundación de la Real Academia Española, la docta corporación, que, con su lema «limpia, fija y da esplendor», prodiga atinados y eficaces consejos y concede hospitalidad en su diccionario a multitud de vocablos y acepciones de nueva y no siempre limpia acuñación. Porque su principal labor se reduce a consagrar el uso.

Esta institución fué creada a imagen y semejanza a la establecida en París. Regida desde un principio por su fundador efectivo, D. Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena y duque de Escalona, está situada en un hermoso palacete de estilo neoclásico, en la barriada más aristocrática de

la época —calle de Moreto—, próxima al Museo del Prado y a la iglesia de los Jerónimos.

Por el sillón presidencial han desfilado 23 destacadas personalidades de las letras, siendo el actual ocupante D. Ramón Menéndez Pidal.

El salón de juntas está situado actualmente en la planta baja del ala izquierda del edificio. Su forma es rectangular, amplio y espacioso.

En torno a la mesa ovalada están los sillones de los académicos. Sillones y sillas. Los primeros son los primitivos asientos y hay 24; las segundas son de creación posterior, y su número asciende a 12, sin más diferencia que la letra colocada en la parte posterior superior del respaldo, mayúscula o minúscula, respectivamente.

Hay tres sillas vacantes. Las ocuparon D. Niceto Alcalá Zamora, D. Salvador Madariaga y D. Tomás Navarro Tomás. En cambio, la silla letra «b» tiene dos titulares: D. Jacinto Benavente, que no ha tomado posesión, y D. Salvador González Anaya, actual ocupante.

La finalidad de la docta corporación se refleja en el artículo 1.º de sus Estatutos: «La Academia Española tiene por instituto velar por la pureza, propiedad y esplendor de la Lengua Castellana; investigar sus orígenes, fijar sus principios gramaticales, vulgarizar por medio de la stampa los escritos desconocidos y preciosos que se conservan de lejanos sitios, y manifestar el lento y progresivo desarrollo del idioma; promover la reimpresión de las obras clásicas en ediciones esmeradas, y publicar en láminas excelentes los retratos de nuestros afamados ingenios, librándolos del olvido.»

Los académicos forman y enriquecen el Diccionario Etimológico, revisan la Gramática de la Academia —texto obli-

gado y único en las escuelas de enseñanza pública— y convocan certámenes para fomentar nuestras letras e ilustrar los puntos difíciles de nuestra historia literaria.

Anualmente otorga ocho premios: el del Duque de Alba, de 12.000 pesetas, para trabajos originales e inéditos escritos por españoles; cinco de 10.000 pesetas cada uno, fundados por el Conde de Cartagena; el Fastenrath, de 4.000; Premio Piquer, de 1.600, para obras dramáticas estrenadas durante el año; el de Manuel Espinosa y Cortina, de 4.000, para obras dramáticas estrenadas durante un quinquenio; el denominado Castillo de Chirel, de 4.000, cada cuatro años, para trabajos periodísticos; el Manuel Llorente, de 1.500, para un canto patriótico al alcance de las inteligencias infantiles, y el de San Gaspar, para recompensar actos de virtud que tengan por base el amor filial, la abnegación, la probidad acreditada, el valor que produzca beneficios a la Humanidad, etc., etc.

La Real Academia se enriquece, además, con la creación de dos organismos que funcionan al cobijo de su sombra protectora: el Instituto Miguel de Cervantes, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, afecto al Patronato Menéndez y Pelayo, y el Seminario de Lexicografía.

La misión del primero es recoger, en armoniosa síntesis, la investigación de la lengua española. Para ello, no sólo practica los procedimientos de la filología analítica, sino que también utiliza el método humanista y académico.

El segundo organismo tiene por misión completar el Diccionario Histórico de la Lengua Española, cuya redacción hace ya tiempo acometió la docta corporación. Cada vocablo, cada alocución, es estudiada desde los orígenes del idioma hasta nuestros días, proporcionando con ello la variedad y riqueza de nuestro patrimonio lingüístico.

Ambos organismos constituyen el acabado complemento de esta obra de inigualable interés cultural: la Real Academia Española de la Lengua, nacida en el siglo XVIII, en pleno apogeo de aquellas tertulias, consistorios y centros literarios, formados por hombres ilustres, al calor de la época afrancesada de Felipe V.

A. O. M.



LA ACCION CATOLICA Y LA FORMACION OBRERA

LA lenta evolución de la industria española en el siglo pasado y la supervivencia de formas rutinarias dieron lugar a que la enseñanza profesional y técnica quedase estancada en nuestra Patria.

Frente al auge alcanzado por las escuelas de grado superior, los grados elemental y medio continuaron en su punto de origen, sin difusión alguna en el ambiente social de la época, tan necesitada de especialistas y técnicos en toda suerte de empresas productoras.

Las tareas múltiples que la producción económica exige de la actividad humana apenas se servían de la formación profesional. Porque en ningún otro orden de enseñanzas como en las de carácter profesional y técnico se dieron mayor separación.

De un lado, el Estado establecía centros docentes donde estos estudios pudieran cursarse. De otro, una total inhibición de la sociedad, que apenas se servía de ellos.

De nada valió que el Estado crease en 1824 el Real Conserva-

torio de Artes de Madrid, ni que después multiplicase las Escuelas profesionales e implantase planes nuevos de estudio, si aquella sociedad de entonces no llegaba a tener conocimiento de todas estas mejoras. No llegó a pensar, o no quiso ver, que los obreros especializados y los colaboradores técnicos tenían forzosamente que salir de las Escuelas profesionales.

Hay que esperar los años de la Dictadura para que España sienta su despertar económico y con ello la renovación y modernización de los medios empleados por numerosas empresas para avivar el interés por las enseñanzas de carácter profesional y técnico.

El vigoroso resurgimiento del campo y de la industria a la terminación de nuestra guerra, ha hecho que el Ministerio de Educación Nacional dedique gran parte de su actividad al desarrollo y perfeccionamiento de estos centros docentes industriales, fundando nuevas Escuelas, reformando y acoplando los planes de estudio, con mejoras al profesorado, incremento de cantidades destinadas a becas, premios y bibliotecas, aumento en las subvenciones extraordinarias, construcción de gran número de edificios de nueva planta con campos de experimentación y deportes, etc., etc.

La sociedad de hoy, en contraposición a la del siglo pasado, coopera activamente con el Estado en la marcha ascendente de estos estudios profesionales.

En 1947 el Ministerio de Educación convocó la primera Asamblea de Formación Profesional Obrera, organizada y dirigida por la Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica. En ella se recabó la colaboración activa, con carácter especial, de todos los organismos y entidades oficiales y privadas interesadas en la formación profesional obrera, particularmente con la finalidad de cooperar a la dirección de la Asamblea de la Obra Sindical de Formación Profesional y del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Técnica.

Con ello prosiguió el Ministerio la labor iniciada en 1945, en que convocó la primera Asamblea del Profesorado de Enseñanzas Técnicas, donde interesó la opinión de todos los centros oficiales de enseñanza profesional.

PRIMERA REUNION NACIONAL DEL PATRONATO DE FORMACION OBRERA DE ACCION CATOLICA

Siguiendo las directrices señaladas por el Estado, la iniciativa privada— sobre todo la de carácter religioso— coopera activamente en las tareas estatales.

Buena prueba de ello es la primera Reunión Nacional del Patronato de Formación Obrera, organizada por el Consejo Superior de los Hombres de Acción Católica, celebrada en el pasado mes de abril en el Colegio de los Padres Salesianos de la antigua Ronda de Atocha.

Entre las ponencias más interesantes figura la del presidente del Patronato, D. Ricardo Oreja Elósegui, sobre la enseñanza profesional en las Escuelas de Artes y Oficios.

El Sr. Oreja propugna la necesidad de estos centros de formación profesional y la urgencia de multiplicarlos, principalmente a expensas de las propias empresas, defendiendo los grupos de alumnos reducidos, en vez de las grandes masas de aprendices, en las tareas formativas y educativas de la juventud obrera.

Otras ponencias dignas de interés fueron la del vocal del Patronato D. José Yurschik, sobre la «Acción administrativa», y la del secretario, D. Federico Lastra, sobre «Acción del Patronato en el conjunto nacional».

Estos trabajos, junto a la iniciativa feliz de esta primera reunión, marcan una nueva etapa en la atención de la iniciativa privada hacia la formación profesional obrera, atención que de un tiempo a esta parte ha cuajado en la creación y sostenimiento por parte de entidades particulares y religiosas, de establecimientos de enseñanza dedicados a la capacitación profesional de los trabajadores, y a la aportación, con donativos y subvenciones, a la obra que realiza el Estado en pro de la elevación social y profesional de las clases productoras.

II CENTENARIO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE CÁDIZ

CON un programa amplio e interesante, y durante los ocho primeros días del mes de mayo, Cádiz conmemoró el II Centenario de la creación de su Facultad de Medicina, primera en su clase que funcionó en España, y que inició su labor con la denominación de Real Colegio de Medicina.

Al primero y, por entonces, único establecimiento de esta índole en España, se le hizo radicar, por su excelente situación geográfica y por otras fortísimas razones, en Cádiz, que vinculó su historia a la aparición y desenvolvimiento de la Facultad, a través de sus doscientos años de vida.

El primitivo Colegio de Cirugía fué instituído en 1748, siendo Rey de las Españas el Señor Don Fernando VI, y gracias a la decisión, a los esfuerzos y a la inquebrantable voluntad de tres grandes figuras del siglo XVIII: D. Juan Lacomba, Cirujano Mayor de la Escuela de Sicilia, organizador de los primeros estudios; Virgili, que supo recoger y dar forma a la magnífica labor de Lacomba, creando el mencionado Colegio, paternidad que no puede dis-

cutirsele, ya que fué él quien presentó al Ministro, Marqués de la Ensenada, el proyecto en cuestión, que cuajó rápidamente en soberbias realidades, puesto que en el penúltimo mes del expresado año, dicho Monarca firmó ya la oportuna orden de creación.

Dos años se invirtieron en la construcción del edificio, en el que en 1750 inició su funcionamiento el Real Colegio, bajo la dirección del propio Virgili. Desde 1828 se le conoció con el nombre de Facultad.

A partir de entonces, y en sus dos siglos de existencia, la Facultad de Medicina de Cádiz ha dado a la Patria y a la ciencia médica universal glorias auténticas y perfectamente definidas.

Consignemos entre ellas al doctor Virgili, fundador y director del Colegio durante sus primeros siete años; D. Antonio Gimbernat, que desde el Colegio de Cádiz pasó a Londres, para más tarde ir a Madrid, hoy Facultad de San Carlos; D. Francisco Javier Lasso de la Vega, sabio escritor y propagandista de la vacuna, y D. Federico Rubio y Gali, médico eminente y político insigne, nacido en Puerto de Santa María y alumno riguroso de esta Facultad, que hizo famoso el Instituto Rubio, de prestigio mundial, instalado en uno de los más bellos parques madrileños.

DECANOS DE LA FACULTAD

Como decanos tuvo igualmente la Facultad figuras preeminentes. Señalemos sólo las tres últimas personalidades que han desempeñado el cargo: D. Gerardo Clavero del Campo, aunque joven, gloria ya de la Medicina española, hoy al frente de la Escuela Nacional de Sanidad, y descubridor, con otro prestigioso profesional, salido de la Facultad, el Dr. Pérez Gallardo, de la vacuna contra el tifus exantemático; el eminente puericultor D. Tomás Sala, y el insigne doctor gaditano D. Enrique Muñoz Beato.

Al engrandecimiento y prestigio de la Facultad cooperan, con incontenible y ardoroso ímpetu, los alumnos del séptimo y último curso de Medicina, y con su colaboración más decidida y entusiasta, las autoridades, y de manera destacadísima el Gobernador civil de la provincia, D. Carlos María Rodríguez de Valcárcel.

LOS ACTOS

El programa de los actos de la gran semana del II Centenario de la Facultad de Medicina de Cádiz fué tan extenso como interesante. Merecen señalarse las conferencias, a cargo de los hombres más relevantes de la intelectualidad española, entre ellos, los nombres más gloriosos de la Medicina nacional; el concierto clásico en el suntuoso salón Regio de la Diputación; las excursiones; la Exposición del Libro de Medicina, y, como espléndido y magnífico broche de las fiestas, el discurso que en la sesión de clausura pronunció el eximio poeta gaditano D. José María Pemán.



NOTAS
DE LIBROS

LOS LIBROS

MADRID (Autobiografía), por FEDERICO CARLOS
SAINZ DE ROBLES. — M. Aguilar, editor.

Se enriquece ahora notablemente la bibliografía de Madrid—tradicional Villa del Oso y del Madroño—con esta nueva obra de Federico Carlos Sainz de Robles, que lleva por título el propio nombre de la ciudad, con la palabra «autobiografía» a guisa de aclaración y especificación.

«Madrid, en primera persona», también podría haberse titulado el nutrido y bien presentado trabajo de este autor, que es un auténtico versado en temas matritenses; en la historia, tanto íntima como externa, de la capital; en sus hechos grandes y en los pequeños hechos y anécdotas ocurridos en ella a lo largo de los tiempos.

Original hemos de calificar el procedimiento de convertir una urbe —y ya lo es ésta que antes, aun no hace mucho, fuera tan sólo un pueblo no muy grande, pero simpático y acogedor— en personaje, en protagonista a la manera de los de novela, teatro o, incluso, «cine». Porque Madrid, según acabamos de señalarlo, habla por sí y de sí. Es la voz lo que Sainz de Robles, con singular acierto adecuación en todo instante— le ha prestado, si bien ese préstamo se antoja propiedad de quien lo disfruta; en este caso, Madrid mismo.

No nos extraña el tino, la veracidad, el acento empleado, que son valores incuestionables de esta autobiografía. El autor gozaba

ya de merecida reputación como cronista e historiador madrileño. Y su anterior libro, *Historia de Madrid*, abona nuestro aserto.

Madrid empieza aquí relatándonos qué es y cómo es; no sigue el hilo histórico sin parar, sino que lo interrumpe, para mayor amenidad, con disquisiciones e informaciones sobre lo que atañe muy a fondo, como son, por ejemplo, entre otras muchas cosas, sus cronistas y sus rasgos de carácter más importantes. Sobre esos rasgos, sobre lo que constituye su psicología, la Villa cuenta muchos pormenores de sumo interés, y de este modo hace que el lector se adentre en el libro cada vez con más acuciante curiosidad.

Así, la obra es —todo cabe en lo autobiográfico, y todo se nos ofrece con garbo de expresión, con estilo de admirable galanura— guía, historia y psicología al propio tiempo, a más de un relato anecdótico de alto valor.

El Madrid de antaño, el más próximo, el de hoy, ¡todos los madriles!, se recogen y se ofrecen de forma que adquirimos un conocimiento completo sin que exista detalle que se escape. Tanto valen aquí las piedras, los pobladores, como los dichos y las costumbres. Vamos apreciando, conforme avanzamos en las páginas, el crecimiento de la ciudad, sus transformaciones constantes, el ornato que gana, las efectivas mejoras de comodidad; de vida, en suma.

Revela el trabajo, que cabe calificar de extraordinario, realizado por Federico Carlos Sainz de Robles una tarea continuada a través de muchos años, con abnegado amor, con tenacidad incansable, con inteligencia muy clara.

Si la vida de cualquier humano, por pobre que sea, suele ser complicada, siendo rica en sucesos, en avatares, en sensaciones de ese humano, ¿qué decir de la de una capital, rectora, a fin de cuentas, de los destinos de una nación? Lo más difícil de este libro —a nuestro modesto juicio— era lograr su unidad y su armonía, por los aspectos tan encontrados, tan diversos que en él se tratan. La tarea era larga y penosa. El número de páginas de texto, apretadas de prosa, hasta llegar al índice, es de 1.275. Naturalmente que no calificamos nunca un trabajo por su copiosidad, pero al ofrecer el dato al lector deseamos, sencillamente, hacerle reflexionar acerca de que cada cosa está examinada con el debido detenimiento, con el espacio que su importancia requería. Nos hallamos, pues —y no nos cansaremos de repetirlo—, con el Madrid típico, aristocrático, popular, urbano, monumental, histórico, etc., porque nada ha descuidado Federico Carlos Sainz de Robles en su afortunada labor.

Y desde ahora responderemos a quien pregunte por Madrid:

«Si desea usted conocerlo, lea lo que cuenta de sí mismo y nada se le escapará en el conocimiento».

Así es. Podemos decir que a la lista de grandes escritores de todas las épocas de libros sobre Madrid hay que añadir, una vez más, porque no es la primera, a Federico Carlos Sainz de Robles. Y si esa lista se hace por orden de méritos, colocarle entre la media docena de los que figuran en cabeza.

MIGUEL PÉREZ FERRERO.

MARIA ESTUARDO, por ERICK LINNKLA-
TER. Espasa-Calpe. — Un tomo en
4.º, 147 páginas. — Rústica.

El autor, siguiendo un criterio rigurosamente técnico, ha logrado trazarnos una biografía de esta gran figura histórica muy completa, aunque, sin embargo, pudieran darse cabida en la misma a algunos datos referentes a la infancia, educación y juventud de la futura Reina de Escocia, olvidando, por lo tanto, puntos interesantes para explicarnos los futuros acontecimientos, como la educación y también su idiosincrasia, que, desde luego, son factores exógenos que explican el futuro de las personas, así como existen otros factores endógenos, que resaltan con dramático contraste, como son los referentes al estado social y económico de los pueblos, a las ideologías y tendencias políticas, que, juntamente con los problemas diplomáticos y militares, tanta influencia ejercen en la Historia. La educación de María Estuardo es más interesante, porque, si se quisiera trazar una química de la historia estudiando las vidas paralelas en un sistema filosófico parecido al de Plutarco, resaltaría éste, pues la personalidad está formada por ella, juntamente con el temperamento físico y las pasiones dominantes y las necesidades económicas y otros elementos que asimismo la integran, como es la tendencia religiosa, la ascendencia familiar, etc., que tanto influyen después sobre nuestra suerte o desgracia; por ello, encontraríamos sumamente acertada la descripción de la infancia y juventud de María Estuardo en la fría Corte escocesa de los Jacobos, así como en su matrimonio con el joven vástago de los Valois en la culta Francia renacentista, enturbiada por las continuas contiendas entre católicos y calvinistas, en la que María había forzosamente de encontrar lecciones provechosas para manejar el timón del Es-

tado en medio de las continuas borrascas que imponen el difícil arte de gobernar.

Ello es más interesante si se piensa que sólo la educación católica y una rara práctica de las virtudes públicas y privadas, pudieron llevarla a ser dueña de sus actos y de su propio porvenir, sin dejarse llevar por las fieras agitaciones de las turbas sanguinarias de la plebe. Pero no era así; su temperamento y su ligereza y desenvoltura la hacen caer en una de las más dramáticas tragedias que registra la Historia.

En la obra resalta, ciertamente, un estudio admirable en la certera defensa del catolicismo, con atinadas razones y con acerdas armas, contra el herético en los problemas religiosos, el astuto y cínico Knox, y con bravura decidida en los campos de batalla, contra el rebelde y valiente joven héroe Murray; pero estas armas de nada servían, si faltaban las virtudes propias de la mujer honesta, en las cuales se detiene la biografía, trazándonos con un deleite morboso las caídas de María Estuardo en continuas debilidades, que hacen caer al relato en honor a la razón histórica, en un género novelesco de más baja categoría, y le dan un tinte de lujuria e inmoralidad, a todas luces censurable y reñido por completo con la recta austeridad de Clío, la severa musa de la Historia, y es, además, contraria en todo punto a las normas morales; sin ellas, de nada le sirvieron las atinadas razones teológicas, ni las afiladas espadas de sus tropas, y ellas le llevaron por un camino sombrío, que las enseñan cómo aquellas ligerezas, un instante paradas por un inesperado matrimonio canónico, que coincide con un momento de esperanza y de victoria, le llevan nuevamente por el camino de los celos y del crimen, hasta que finalmente sus actos la obligan a caer en la herejía, y ésta la lleva a un destronamiento, del que sólo escapa con una fortuna adversa, pues de la caída llega a la cárcel, de la cárcel al juicio, del juicio al patíbulo y del patíbulo a la muerte, en medio de trágicas y macabras escenas, pintadas con tétricos colores.

Aquí la heroína se transforma: su carácter frívolo, de mujer liviana, adquiere los tintes de mártir; de reina se convierte en víctima; de pecadora, en mística; de delincuente, en mártir; de hereética, en santa; de aborrecible, en conmovedora; mujer que nos subyuga y nos congoja hasta lo infinito de nuestro corazón, llegándonos a las entrañas, y hondamente nos enternecen y espantan a la vez los detalles de este tremendo drama, en medio de aquel proceso, del que no le pudieron librar ni las sublevaciones popu-

lares, ni su fantástico matrimonio con Don Juan de Austria, el Gobernador español en Flandes, que estaba organizando la Armada Invencible, y, finalmente, tampoco la Providencia, pues había de purgar justamente sus pecados, ya que, habiéndola negado la reina Isabel ser asistida de un confesor católico, envía otro protestante, que ella rechaza en la oscura mazmorra, y, finalmente, escribe su célebre carta. ¡Con qué emoción tan acendrada y con sentimiento tan tierno, que nos muestra que la verdadera literatura no es hinchazón retórica, sino sentimiento fuerte! Cuando dice: «A nadie acuso, y mas a todos perdono con sincero corazón, así como deseo que Dios primero y luego los demás me perdonen a mí, y así, pues, señora, en nombre de ese Jesús ante quien se inclinan todos los poderes, ruégoos ordenéis que, cuando mis enemigos hayan satisfecho su negra sed en mi sangre, permitáis a mis pobres y desolados servidores para que lleven mi cuerpo, para que lo entierren, al camposanto con las otras reinas de Francia», palabras que honrarían, ciertamente, la más bien rasgada pluma del más renombrado de los escritores, pues constituyen una de las páginas más hermosas que ha escrito la literatura universal; todo lo abarca esta interesante biografía, en que se narra con la máxima atención la vida de la heroína con deslumbrantes claridades y negros y tétricos colores, dignos, ciertamente, de la pluma sombría de un drama de Shakespeare.

MEMORIAS DE UN CABALLERO,

por DANIEL DEFOE.—Un tomo
en 4.º, 300 páginas.

Encontramos acertada, ciertamente, la presente obra, que nos pinta maravillosamente el mundo contemporáneo del autor.

Y es que, en efecto, la Historia es un género literario siempre atrayente; en ella el autor no tiene que esforzarse en mantener sostenido el interés del auditorio: se lee siempre con agrado; por su índole, está exento, generalmente, de las largas descripciones de tipos, caracteres morales, paisajes, costumbres y ciudades, que a veces llegan a cansar en la Novela, y que son relegados a segundo lugar en la Historia. Su acción es simple y poco compleja; es, sin embargo, general y sintética, no permitiéndonos, salvo en el género novelesco, como la actual obra, de entretenernos narran-

do la anécdota o el incidente; su expresión es generalmente fría, sin proporcionarnos sentimientos estéticos, y es eminentemente narrativa; carece de diálogo, que tanto ameniza la Novela, y la expresión literaria enunciativa adquiere ordinariamente poco vigor, y se reduce a narrarnos los hechos, despreciando generalmente las palabras, las cuales, al revés que las letras escritas, son llevadas por el viento, despreciando también, con notoria injusticia, los razonamientos, olvidando que la Historia está movida por la voluntad humana, y ésta por la inteligencia; y así, la expresión enunciativa sólo resalta en alguna frase histórica que ha llegado a hacerse célebre, y que, por decirse sin meditada reflexión, sólo expresa un determinado estado de ánimo, y sus razones resultan empíricas y conducen frecuentemente al sofisma o al error; de la Ciencia tal vez la aparta el carecer de un método sintético o experimental; de la Novela la diferencia el carácter verídico de los hechos que narra, analizados de una forma intrínseca o extrínseca por la crítica histórica. Por eso consideramos esta obra como un género intermedio entre la narración novelesca, siempre imaginaria y sentimental, y la crónica, lacónica y seca, erudita y crítica; pero, por otra parte, tampoco merece calificarse de novela histórica al estilo de lord Byron y los románticos lakistas ingleses.

Y, sin embargo, esta obra es maravillosa en la descripción del ambiente en que desarrolla esta colosal epopeya; la guerra de los Treinta Años alemana y la guerra civil inglesa, sobre todo, aparecen trazadas de mano maestra; sus cuadros, exentos de las naturales pinceladas para explicarnos los muebles, trajes, costumbres y diversiones de la época, no llegan tal vez a la categoría de fuente histórica, pero se aproxima a ella, pues sobre el trabajo de Defoe se han formulado dos distintas hipótesis, según las cuales, en una el caballero biografiado es el propio Defoe, y otra, éste sólo recogió los relatos de los testigos presenciales; por eso, si seguimos el criterio de Balmes, según el cual, mejor pinta la Biblia o la *Iliada* su época, a pesar de haber sido Homero ciego, los hechos que presencié que los más eruditos y renombrados historiadores modernos, pues éstos, para darnos idea de la vida en aquellas remotas décadas, han necesitado crear una nueva disciplina en la Historia y la Cultura, pues para hacernos las descripciones de las batallas con un criterio rigurosamente estratégico, tienen que prescindir de algunas figuras literarias, como son los retratos físicos y morales que adornan las páginas de Fernán Gómez y Hernando del Pulgar, en sus *Generaciones y semblanzas* y en sus *Claros varones de*

Castilla, que hacen que también conozcamos las figuras secundarias que ornaron la corrompida Corte del último y desgraciado vástago de nuestros Trastámara; ello, sin embargo, no impide que esta obra sea, hasta el presente, el más completo, delicado y minucioso estudio de la guerra civil que los Estuardos sostuvieron contra el Parlamento, lo que avalora grandemente este libro, debido a la firma autorizada de Daniel Defoe, uno de los más grandes literatos que la nación inglesa, cuyas ideas «wighs» le llevaron a la política, y de ésta al cadalso, el cual llenó de flores el público inglés, y que más tarde, convertido a la ideología tory, se dedicó a realizar trabajos literarios de tan alto valor, como el presente, y en que llegó a culminar un genio en el *Robinson Crusoe*, una de las más grandes epopeyas literarias de la Humanidad, en la que tan maravillosamente se plasma la lucha de la naturaleza con el hombre.

Su obra sería comparable con la del viejo soldado de Cortés, el cronista castellano Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial de la epopeya contra Moctezuma, pero en un adecuado paralelo; el inglés se muestra más impetuoso; el español, más cauto; el anglosajón muestra más cultura estratégica en la práctica militar; el castellano, un mayor conocimiento de la vida y de los hombres; aquél se deja llevar por la vanidad, éste por la envidia; el uno se limita a narrarnos el hecho militar en las cargas impetuosas de los combates, el otro nos describe la flora, fauna y costumbres de los países que recorren y compone, al mismo tiempo que una crónica histórica, un libro de Geografía, una curiosa narración de viajero y un verdadero tratado muy psicológico de política; mientras que el inglés trata de demostrarnos cuál fué la táctica que le llevó a la victoria, tanto cuando militó bajo los estandartes de Gustavo Adolfo que cuando abrazó la causa desgraciada de la nobleza británica, admirándonos siempre por sus conocimientos castrenses en todas las múltiples batallas en que toma parte, aunque una herida le impide presenciar la batalla de Lutzen, cuya espectacular carga de la caballería sueca contra las artilladas lomas imperiales, retrocediendo y haciendo caer a Gustavo Adolfo, que trata de contenerlas, resulta omitida; en lo demás, la obra resulta maravillosa, y ninguna de las editadas en España la superan, llenando una verdadera laguna bibliográfica de nuestras ediciones sobre la guerra de los treinta años en su período sueco y, sobre todo, la guerra civil inglesa, que describe de mano maestra con maravillosas y certeras pinceladas.

DOCTRINA PENAL DEL TRIBUNAL SUPREMO,

por MANUEL RODRIGUEZ NAVARRO.

Es sumamente interesante, como hace el autor, recoger, ordenar y sistematizar los fallos judiciales que han sido dictados en los recursos de casación por infracción de ley, que resuelven multitud de problemas planteados dentro de nuestra sistemática legal.

Y este trabajo lo ha logrado el autor, Manuel Rodríguez Navarro, plenamente, después de una laboriosa y completísima tarea, en tres tomos encuadernados en negro sobre cantos rojizos y con letras doradas, de tal forma que componen una edición sumamente manuable por el finísimo papel que emplea y la tipografía esmeradísima y reducida que utiliza, lo cual, dado el odio de nuestros tiempos a los grandes tamaños en la forma bibliográfica, facilita su empleo y compone una obra grata y manual, que se puede fácilmente consultar en el bufete, en los escaños del Tribunal o en las incidencias de un pleito. Ciertamente que su precio resulta elevado, pero admira la cantidad de ciencia acumulada por el autor, que sigue siempre un orden expositivo completamente legislativo y no omite ninguno de los problemas que se han planteado dentro del ámbito de nuestro Derecho penal, y a veces desarrolla otros, marcando unas facetas poco conocidas. Por lo tanto, podemos considerarlo como de gran valor, constituyendo uno de los textos más completos y acabados que ha publicado nuestra ciencia penal y, además, de los más completos, pues contiene un gran número de resoluciones dictadas por nuestros magistrados de las más diversas tendencias desde el 30 de septiembre de 1880, fecha en que se publicó nuestro Código Penal, hasta el día 31 de octubre de 1946, en cuyo momento terminó el autor la redacción de su valioso y magistral trabajo jurídico.

En todo el largo transcurso de las décadas integradas en estos tres cuartos de siglo, el Tribunal Supremo ha aportado interesantes soluciones en todas las materias penales, y, sin embargo, la jurisprudencia no es de ninguna manera, según la técnica jurídica de nuestro Código legislativo, fuente directa del Derecho. El Tribunal no crea la ley, solamente aplica una legislación preexistente. Sin embargo, es tan alto el prestigio alcanzado en las sentencias del Tribunal Supremo, que aunque no haya ley exactamente aplicable al caso controvertido, se tiene en estos casos, en la práctica, siempre en cuenta el precepto jurisdiccional, que tiene un gran valor en el foro, si bien no hay ya ninguna ley que lo exija, sobre

todo en aquellos casos en los cuales existe conformidad de criterios, por existir tres sentencias concordes sobre la aplicación e interpretación de la ley que ha de resolver el caso jurídico planteado.

Ello explica, sin duda, el gran interés que sienten nuestros juristas por la doctrina legal que se deduce de las sentencias, y si bien en algunas ocasiones los autores españoles de más prestigio la critican y fustigan con frecuencia en sus obras doctrinales, por creerla demasiado pegada a la letra estricta del precepto legal, y no dar cabida, aun en ocasiones que sería posible, a las modernas tendencias de la técnica alemana, italiana o francesa. Ello tal vez constituya la razón de su elogio, pues así su posición, muchas veces prudente, no deja tal vez infiltrarse algunas corrientes ideológicas, algo peligrosas dentro de nuestro carácter y tendencia, y que en algunas ocasiones aparecen reñidas con los preceptos luminosos de la moral católica y de las ya clásicas normas de Derecho romano, que son las que inspiraron el sentido jurídico de nuestro ordenamiento positivo.

En el fondo, resulta esta obra verdaderamente admirable, completa en el estudio de los problemas penales, profunda en la exposición de la materia, documentada en la recopilación de los datos proporcionados por la sentencia, original en lo que respecta al método expositivo, pensada con detenimiento, escrita con todo esmero y cuidado, editado de una forma manual que resulta verdaderamente acertada. Por todo lo cual la creemos digna de todo aplauso y estimamos que el presente trabajo asentará firmemente, inexpugnable roca, el prestigio científico y jurídico, que por todos conceptos nos merece su autor.

LA AUTONOMIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO,

por JUAN V. SCHIAPARELLI.—Un tomo en cuarto, 167 páginas.—Espasa-Calpe.

Los caldeos, contemplando el cielo en las claras noches de Babilonia, creían que los astros estaban sujetos a la tierra por medio de una bóveda celeste de cristal. Su sistema astronómico estaba basado en principios parecidos al de Ptolomeo, que hace del Sol el centro de todos los astros, contraponiéndose al sistema actual de Copérnico, para quien el Sol no es más que una estrella diminuta que gira en torno a la constelación de Hércules, la cual, a su vez,



se mueve en derredor de la Vía Láctea. Pero sea cualquiera el criterio que aceptemos, sin embargo es natural la importancia que los antiguos atribuían al astro solar, dada la gran influencia que ejerce sobre nuestro planeta, pues la Tierra, según la hipótesis de Laplace, procede de un anillo que giraba en torno al Sol, al igual que el que hoy contemplamos en Saturno, cuyo anillo se fragmentó, dando lugar a los planetas. A la atracción del Sol se atribuyen los movimientos de la Tierra; el año es el tiempo en que ésta describe su elíptica órbita en torno al Sol, impulsada por el movimiento de traslación; el día es el tiempo empleado en el de rotación, y la hora depende del mismo movimiento, pues, según el diverso meridiano que ocupen varios puntos en la Tierra, así variará su hora solar; por lo tanto, la medida del tiempo comenzó con el reloj del sol. Los círculos polares señalan la extensión del día y noche de veinticuatro horas de los polos. Los trópicos marcan el momento del solsticio de las diversas estaciones; de ellos depende la latitud. Eratóstenes midió el tamaño de la Tierra observando el grado de variación en que caían los rayos solares sobre dos localidades distintas de un mismo meridiano: el Nilo. Los colores proceden de la diversificación de la luz solar al atravesar un prisma, como es a veces una gota de agua; además, el Sol, caldeando en diferente intensidad la atmósfera, eleva el aire caliente, experimento físico que observamos en los globos, y de esta manera da lugar a las altas y bajas presiones atmosféricas, originadoras de los vientos. Es el mismo Sol el que, evaporando el caudal de los ríos, forma el vapor de agua que origina las nubes, y es el frío el que, al condensar este vapor de agua, ocasiona las lluvias y las nieves en las temperaturas más bajas; pero es que, además, el Sol, atrayendo el agua de los mares, origina las mareas, al par que el viento es el causante de las olas, y la tendencia a la superficie de las aguas cálidas, juntamente con la rotación terrestre, son las causas de las corrientes y de la circulación del agua en los océanos. En el orden geológico, mientras el fuego interior de la Tierra es una derivación o reminiscencia del solar, mareas, aguas y lluvias son los agentes que por erosión y aluvión modelan la corteza terrestre, formando valles y montañas, juntamente con los agentes eruptivos, volcanes y terremotos. En el orden botánico, el terreno y el clima son los factores determinantes del florecimiento de la vegetación, y éste, a su vez, influye en el orden zoológico, en la dispersión de los animales, que emigran en las estaciones, marchando tras el Sol, al sur en el verano y al norte en el invierno; ello es natural, pues en éste el frío trae las

enfermedades y deja inanimados y adormecidos algunos reptiles, mientras que el verano trae un mayor impulso vital, y tras los animales marcha el hombre. ¿No es cazando el reno como nos le presenta la Prehistoria en la época paleolítica? Y el Sol influye también sobre el hombre. Los monogenistas han creído que la raza blanca procede de los hielos y la raza negra de la acción solar, y además el Sol contribuye también al carácter de los individuos, pues en los países nórdicos son trabajadores y activos y en los meridionales, perezosos, lujuriosos y pasionales, abundando los delitos de sangre. El Sol influye sobre el vestido, pues la piel del esquimal se convierte en el sur en la desnudez del salvaje africano; influye también en la vivienda de la casa de hielo de los países polares a la tienda de campaña del nómada del desierto. Del Sol depende la economía, pues las crisis económicas nacen de las buenas y malas cosechas; y es más, se ha hablado de una concepción climatológica de la historia, atribuyendo la invasión de los bárbaros, la sequía y otros fenómenos a la malaria, y hasta se ha hablado de que la civilización había seguido la ruta del Sol de Oriente a Occidente: Palestina, Grecia, Roma, España, América y Oceanía. Pues tan grande es la influencia ejercida por el Sol sobre la vida humana, ¿cómo extrañarnos de que los antiguos dieran tanta importancia al Sol en el sistema de Ptolomeo?, ¿cómo admirarnos de que los astrónomos modernos atribuyan a las manchas solares, en un exceso imaginativo, la fecha de las revoluciones?

Los caldeos fueron, a lo que se cree, los primeros creadores de la astronomía; pero, sin embargo, no les llevaba de ninguna forma una mera ansia científica, sino, por el contrario, un deseo supersticioso de que dió lugar a la astrología; esta creencia es combatida tenazmente por los profetas hebreos, que solamente creen en un dios, Jehová, como basada en un absurdo politeísmo; sin embargo, de ella derivó el conocimiento de las más antiguas constelaciones, y ya en una estela hebraica que parece fué erigida en el templo de Jerusalén, en donde también se instaló el más antiguo reloj de sol, por Acab aparece ya dibujado un arcaico mapa celeste entre cuyas figuras se encontraban una gran serpiente, un escorpión, un centauro alado arrojando flechas, un macho cabrío con la cola de un pez, altares, tiaras, puntas de lanza, una saeta, un bastón, etc., a los que se cree símbolos de la divinidad, en los cuales, sin embargo, hay gran parecido con nuestro Zodíaco; el macho cabrío con cola de pez representa nuestro capricornio; el centauro alado arrojando saetas a sagitario, o tal vez otras figuras debidas a los acaloramien-

tos de la imaginación exaltada, que, al hinchar con absurdas leyendas la revelación arcaica, ha dado lugar a la mitología adulterada por la leyenda.

De todas maneras, los libros bíblicos que componen el Antiguo Testamento no dejan de tener alusiones a las constelaciones celestes. En el libro de Job se habla de Kimah, identificadas por unos con las pléyades, en otros con Arturo, en otros con las Hiades y para otros con la constelación de Chadre Theman, a la cual los antiguos que identificaban los astros con santos y seres vivientes la comparaban con la parte interna de una habitación, y otras veces con Canope, el Centauro, la Nave, el Argo, la Cruz del Sur o los Penetrales del Austro, visibles a simple vista desde el Hemisferio Boreal. Esta constelación que se enlaza con Sirio, el Can Mayor y Argos marca la dirección del viento Siroco, portador de las tempestades. La constelación del Kesil se cree que correspondía a Orión. El Asch con la Osa Mayor, cuya denominación tal vez provenga de su proximidad a las regiones boreales, aunque para otros pueda representar a Arturo, el Ijuhto, el Auriga, el legendario Espartano inventor de los carros, según la mitología griega, aunque otros vean en él la Cabeza de Toro, o Alderaban, las Hiads, las Estrellas del Aguila, la Lira o Escorpión. La constelación hebraica del Ajisch con la Capela o la de Mazarin es identificada con las dos Osas y marca un parecido con los aparatos aventadores usados por los labriegos. El Narchasch o Serpiente Fugitiva, que significa el Dragón, y Oficucio. En cuanto el Rahab, que se identifica con la ballena. Mazzaroth, citada en la Biblia, significa para unos las Osas, para otros la corona boreal, y marcaba las horas de la noche en que debían relevarse los centinelas, mientras que algunos suponían que tenía relación con las fases de Venus, y no falta quien cree que Kimah significa el Can, o sea Sirio; Kesil, Orión; Mazzaroth, las Hiadas; Ajisch, las Pléyades; en su lugar tiene la forma de la gallina acompañada de los pollitos; Mazzaroth es la constelación portadora de las aguas y no significa otra cosa que los planetas; los Kudurra hacen relación a Mercurio, Venus y Marte. Por lo tanto, como muy bien indica el autor, la escasez de documentos forma parte juntamente con la diversidad de interpretaciones de las causas que hacen esta materia dudosa y oscura.

Sin embargo, los astrónomos del antiguo Oriente no llegaron a la imaginación de los astrónomos medioevales, que identificaban a Perseo con David, a la constelación del Cisne con la Cruz de Constantino, encontrada por su madre, Santa Elena; a la Osa Mayor con

la Iglesia, al Aguila con Elías y Eliseo, arrebatados por Dios al cielo; a Orión por San José a Betelgause con su varita, a la constelación de Virgo con la Virgen a donde va el Sol el día de Navidad, la de la cabellera de Berenice con la cabellera de la Virgen y a la de la Corona Boreal con su diadema y a la constelación de la Serpiente con la culebra que aplasta la Inmaculada, al Zodíaco con el Apocalipsis, a la Vía Láctea con el camino de Santiago, según dicho Apóstol le indicó a Carlomagno señalándole el camino de estrellas hasta llegar a Santiago de Compostela, del latín «Campus Stellae». Aries era identificado por los astrónomos medievales por el Cordero Pascual, Tauros con la festividad de Todos los Santos, Leo con el Profeta Daniel arrojado a la jaula de los leones, al Navío visible en el Hemisferio Austral con el Arca de Noé, y aun no sabemos si será aventurado referir la constelación de Hércules a Sansón y la de la ballena al Profeta Jonás, y, desde luego, son también dibujados en el Cielo los Magos, así como la estrella que les guiara al Portal de Belén, que se cree es identificada con el cometa Harvey. ¡Tal era el misticismo que desarrollaba en los astrónomos antiguos la serena contemplación de la bóveda celeste!

Toda esta materia, así como un completo estudio del mes, del año, de la semana y de las festividades hebraicas, como la de las cosechas, la de la siega y la de los panes ácimos, está maravillosamente narrada en este libro, al que consideramos del mayor interés para el estudio de la materia.

MI VIDA CON BENITO, por RACHELE
MUSSOLINI.—Madrid, 1949.

La Editorial Perseo acaba de publicar la versión castellana de la tan discutida obra *Mi vida con Benito*, compuesta por la viuda de Mussolini con los datos del «diario» que, según afirma, llevó ella con «la idea de poder tener algún día la vista panorámica de su vida, tan agitada, y cuyas primeras páginas se remontan a los comienzos de octubre de 1922—víspera de la marcha sobre Roma—, terminando con la fecha del 17 de abril de 1945, en que Mussolini abandonó en Gargnano a su familia para trasladarse a Milán, donde pocos días después había de consumirse su destino.

El libro constituye una narración cronológica de la vida del matrimonio y de la carrera política de Mussolini, en cuya parte

principal van intercalados una serie de párrafos del mencionado «diario».

Aunque *Mi vida con Benito* no añade apenas nada nuevo a los datos ya conocidos desde el punto de vista histórico y político, su misma falta de ambición atrae el interés del lector, ya que la obra refleja el aspecto humano de la vida de Mussolini, visto por la mujer que pasó con él treinta y siete años de su vida. En esta nota íntima reside el valor particular del libro, escrito con una sorprendente apariencia de objetividad, cuyo carácter—real o ficticio—es tanto más difícil de enjuiciar cuanto que los acontecimientos que forman el marco de la obra son todavía demasiado recientes para haber adquirido contornos históricos definitivos. Sea como sea, junto con otros documentos de mayor envergadura o sentido político, como el «diario» de Ciano, *Mi vida con Benito* será para la investigación histórica ulterior una de las fuentes imprescindibles para escribir la historia moderna de Italia desde la guerra de 1914-18—en la que Mussolini, todavía socialista militante, fué «intervencionista» decidido—hasta el origen del fascismo y la trágica conflagración mundial, de cuyas consecuencias el país se está reponiendo lentamente.

G. P. A.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 30 de mayo de 1949 por la que se convocan los concursos nacionales de Arquitectura y Escultura, Pintura, Grabado, Grabado en hueco, Literatura y Música, correspondientes al año actual.

Ilmo. Sr.: Informado favorablemente por la Sección de Contabilidad de este Departamento en 11 de mayo del año actual, y por la Intervención General de la Administración del Estado en 19 del mismo, el gasto de 106.000 pesetas, distribuídas en los premios de los concursos nacionales de Arquitectura y Escultura, Pintura, Grabado, Grabado en hueco, Literatura y Música, correspondientes al año en curso,

Este Ministerio se ha servido aprobar las bases reguladoras de los mismos propuestas por esa Dirección General de Bellas Ar-

tes y disponer que sirvan de convocatoria, publicados en el *Boletín Oficial del Estado* y en tirada especial que será distribuída en todos los Centros artísticos de la Península, Baleares y Canarias, así como en la prensa, por mediación de los señores gobernadores civiles.

BASES GENERALES

a) Podrán tomar parte en estos concursos los artistas y escritores de España y Portugal y los artistas y escritores de Hispanoamérica y Filipinas residentes en la Península y en Baleares y Canarias.

b) No podrán concurrir a una Sección los que en ella hubieran obtenido premio total en los concursos de los cuatro últimos años, ni los que ejercieron el cargo de Jurado del año anterior.

c) Los Jurados estarán constituidos por tres artistas, literatos, catedráticos o críticos. Si entre los nombrados hubiere algún señor Académico, corresponderá a éste, de derecho, la presidencia de las Juntas y deliberaciones; si hubiere más de un Académico, será Presidente el más antiguo, y no habiendo ninguno, cada Jurado elegirá su Presidente.

d) Inspirados estos concursos en el deseo de que sean índice exacto de la valía del arte español en sus varias manifestaciones, deberán los Jurados atenerse al mérito absoluto de las obras presentadas. Podrán declarar desiertos los premios, si, a su juicio, no se hubiese presentado obra alguna que mereciese recompensa.

e) Las obras que la obtengan quedarán de propiedad del Estado. No obstante, la Dirección General de Bellas Artes podrá a instancia del autor, autorizar la publicación si el Ministerio no tuviese el propósito de hacerlo, de las obras literarias y musicales y la producción de las artísticas.

f) Los trabajos deberán presentarse firmados por sus autores, sin que pueda admitirse como tal a ninguna entidad comercial o artística.

g) Las obras presentadas a las Secciones de Arquitectura y

Escultura, Pintura, Grabado y Grabado en hueco, serán expuestas al público durante los días que el Ministerio juzgue oportunos, teniendo éste la facultad, previos los asesoramientos correspondientes, no exponer aquellas que no alcancen el necesario nivel artístico o no sean conveniente su exhibición. Los Jurados emitirán sus fallos antes de ser clausurada esta Exposición.

h) Las obras a que se refiere el apartado anterior se presentarán en el Palacio de Cristal del Retiro los días hábiles comprendidos entre el 20 y el 30 de septiembre próximo, de cinco a siete de la tarde. Las que se presenten a Literatura y Música, se entregarán en el Ministerio de Educación Nacional (Secretaría de Concursos Nacionales) en los mismos días expresados y horas de doce a dos de la tarde.

i) Celebrados estos concursos, y mediante la devolución del recibo entregado al presentar las obras, los autores retirarán los proyectos o trabajos, sin que en ningún caso venga obligada la Secretaría a cuidarse de la devolución de los mismos. El plazo para retirar las obras será de treinta días a partir de la publicación del fallo correspondiente. Transcurrido dicho plazo serán inutilizadas aquellas que no hubieren sido retiradas.

CONCURSO DE ARQUITECTURA Y ESCULTURA

1.º Tema: Proyecto de dos púlpitos para sustituir a los actuales de la iglesia del Monasterio de El Escorial.

2.º Se presentarán un dibujo, planos maquetas y Memoria. La altura de las maquetas será de 0,75 metros.

3.º Cada proyector forzosamente ha de estar hecho en colaboración por un solo arquitecto y un solo escultor.

4.º Se adjudicará un premio de pesetas 30.000 y un accésit de 8.000.

CONCURSO DE PINTURA

1.º Tema a): Un interior.

2.º El procedimiento de ejecución es libre y las dimensiones de 1 x 0,85 metros.

3.º Las obras que se presenten a este tema estarán montadas en bastidor y con marco.

4.º Se adjudicará un premio de pesetas 10.000 y un accésit de 5.000.

5.º Tema b): Dibujo. Un ex libris para la Dirección General de Bellas Artes.

6.º El procedimiento de ejecución será con tinta china y a línea, y las dimensiones de 0,20 x 0,155 metros.

7.º Las obras para este tema se presentarán con marco y cristal.

8.º Se adjudicará un premio de pesetas 3.500 y un accésit de 1.500.

CONCURSO DE GRABADO

1.º Tema: Libre.

2.º El procedimiento de ejecución es únicamente a buril, con exclusión de todo procedimiento mecánico.

3.º Las dimensiones serán de 0,20 por 0,25 metros.

4.º Los concurrentes a esta Sección deberán presentar las planchas originales, y aparte de la prueba con marco y cristal, otra sin montaje alguno.

5.º Se adjudicará un premio de pesetas 6.000 y un accésit de 3.000.

CONCURSO DE GRABADO EN HUECO

1.º Tema: Una medalla para premios de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. (Anverso y reverso.)

2.º La dimensión será de 0,05 metros de diámetro.

3.º Se presentarán los troqueles y reproducciones en escayola, debiendo consignar la calidad o marca del acero empleado, dato necesario en el caso de acuñación de la medalla premiada.

4.º Se adjudicará un premio de pesetas 6.000 y un accésit de 3.000.

CONCURSO DE LITERATURA

1.º Tema: Una colección de ensayos inéditos sobre temas artísticos.

2.º Se adjudicará un premio de pesetas 10.000 y un accésit de 5.000.

CONCURSO DE MÚSICA

1.º Tema: Un cuarteto para instrumentos de cuerda.

2.º Se adjudicará un premio de pesetas 10.000 y un accésit de 5.000.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 30 de mayo de 1949.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

